

Beca Aberdeen

El ángel en la casa



Nova Casa Editorial




Índice

1	13
2	25
3	45
4	57
5	75
6	83
7	93
8	99
9	103
10	127
11	135
12	143
13	151
14	159
15	171
16	175
17	187
18	191
19	195
20	203
21	213
22	219
23	225
24	237
25	249
26	255
27	259
28	265
29	273
30	291
31	295



Para Alan, por creer en mí y en esta historia







Quisiera dar las gracias a mi madre por inculcarme ideales feministas en un mundo que no lo es. Agradecer, por supuesto, a mis lectoras y lectores de Wattpad, ya que sin ellos no habría historia.

También a Nova Casa Editorial, por creer en mi proyecto y pulirlo con tanta profesionalidad. A mi corrector por su dedicación y su talento.

A Alberto por quererme a pesar de mis excentricidades de escritora. A Carlota por leer el borrador y mostrarse entusiasmada. Sin olvidar a Haimi Snown por sus invaluable consejos, y a Silvia por estar siempre ahí para animarme en mi carrera.





1

Inglaterra, 7 de mayo de 1.892.

Amanda examinó su reflejo en el gran espejo del vestíbulo de la posada George. El brocado de su vestido plateado se ceñía en su corpiño y descendía por la amplia falda. Era la primera vez que llevaba un vestido y por esa razón aún no se había acostumbrado a la sensación de moverse en la extraña prenda. Acarició la hermosa tela mientras se balanceaba para jugar con el cancán.

Ese año, Amanda había cumplido 18 años. Era la única ocasión en la que una dama abandonaba la practicidad de los pantalones para volver a los vestidos que las mujeres de antaño habían soportado. Vestidos pesados e incómodos que, como les decían en la escuela, habían representado una jaula para las mujeres. En los tiempos de Amanda llevaban pantalones y prendas prácticas con las que poder trabajar. A excepción de esa única ocasión: la ceremonia de conversión a la edad adulta, cuando una dama escogía al hombre que la acompañaría y serviría durante toda su vida.

Era una celebración de gran importancia, que se desarrollaba en la mayor posada del centro de Crawley. Sucedió anualmente, cada 7 de mayo, para las jóvenes que habían cumplido o cumplirían 18 durante ese año. La celebración comenzaba a medianoche y duraba hasta el alba, y por primera vez a las cumpleañeras se les permitía beber vino.

Amanda contempló la copa del dulce líquido rojo que acababa de depositar sobre el mueble, culpándolo por su sopor. Las imágenes le llegaban a trompicones, como si se trataran de estáticos cuadros. Se prometió que ni una sola gota más tocaría sus labios enrojecidos por el tinte del vino. No quería que el alcohol entorpeciera su elección.

Pronto abandonarían el salón del George, donde habían comido y bebido durante toda la noche, para dirigirse al Andrónicus y comenzar la esperada ceremonia de selección.

El Andrónicus era la residencia de todo hombre menor de 18 años. Allí, los criaban y entrenaban para servir a sus amas.

—¿Estás preparada? —preguntó Jane, a su espalda.

Miró a su amiga a través del espejo. Jane era una de las jóvenes más hermosas de Crawley. Su larga cabellera negra caía en una cascada de rizos de su moño alto. Amanda siempre había envidiado el cabello azabache de su amiga, fortalecido gracias a la pomada de Henkel & Cie. El suyo era rubio y anodino como el de otras tantas jóvenes en Inglaterra que solían disimular los escasos atributos de sus melenas con peinados bouffant o pompadour fortalecidos con acondicionares para el cabello como el aceite de masacar, preparado a base de flores ylang-ylang traídas de La India. Al menos tenía la suerte de poder llevarlo suelto siempre que se le antojara. La obligación de recogerlo para encuentros sociales había pasado de moda. Quizá porque ya no quedaban hombres que consideraran el cabello suelto una provocación.

—¿Estás nerviosa?

—Lo estaba —respondió Amanda—. El vino ha ayudado a disipar los nervios, pero aún estoy preocupada. Mi madre dice que escoja al joven más fuerte; tú, al que más me atraiga. Ni siquiera sé qué significa eso.

Jane era un año mayor que ella, por lo que ya había pasado por la ceremonia de selección. Desde entonces, siempre iba acompañada de William, un hermoso muchacho de cabello rojizo y unos ojos verdes y vivaces.

—En realidad, tiene que ser una combinación de ambas cosas. Quieres que sea fuerte para que pueda ayudarte con tu trabajo, pero piensa que lo tendrás a tu lado a todas horas; no querrás escoger a alguien que te parezca repulsivo. Ten en

cuenta que tendrás descendencia con esa persona.

Recogió la copa de vino que Amanda había abandonado sobre el chifonier con ribetes dorados que había bajo el espejo y le dio un sorbo.

—Lo sé —asintió Amanda—. Pero mi madre ha insistido tanto en que escogiera al más fuerte y al que me pareciera más inteligente. Ella tiene más años de experiencia en esto que nosotras.

—¿Al más inteligente? —repitió Jane mientras reía.

—A mí también me resultó extraño. Nunca antes oí hablar de la inteligencia de un hombre.

Jane cruzó los brazos sobre su pecho.

—¡Qué tontería! Todos los hombres son iguales, no hay unos más inteligentes que otros. Todos portan la bacteria en su cerebro.

No supo qué decir, y Jane la sostuvo del hombro para darle la vuelta y situarla justo frente a ella.

—Amanda, no te preocupes. Cuando le veas, lo sabrás.

—Eso me preocupa incluso más. ¿Y si alguien me lo roba?

Su amiga le cogió la mano y tiró de ella de vuelta al salón principal, donde las demás jóvenes charlaban y bebían animadamente la última cosecha que les había llegado de la bodega Ridge View. Una alegre tuna de violines y arpas resonaba en la sala.

Amanda recogió otra copa de Port de las mesas dispuestas junto a la pared este del salón. Se trataba de un vino fortificado con brandy que había sido muy popular entre los hombres. Quizá por esa razón lo servían aquella noche.

—Ya sabes cómo funciona la ceremonia, y te he explicado todos los trucos posibles. Respira hondo, tranquilízate y todo irá bien.

Apenas un cuarto de hora más tarde, la partida abandonó la

posada para dirigirse al Andrónicus.

La inesperada luz la obligó a pestañear varias veces, dejando que sus ojos se ajustaran al cambio y que su mente registrara la presencia del nuevo día.

Fue un paseo corto, pues ninguna de las jóvenes deseaba retrasar el momento con distracciones.

Solo las mujeres de Crawley que cumplían años y seleccionarían a su siervo aquella mañana podían pasar al salón principal, donde los muchachos aguardaban por ser elegidos. Las damas que se habían unido a la celebración tuvieron que decidir entre esperar en otra estancia o marcharse a sus casas.

Amanda respiró hondo al entrar en la sala de selección. Sus nervios habían regresado con tres veces más fuerza, y temió que, unidos a la falta de sueño, le ocasionaran un desmayo que no podía permitirse. Ni siquiera en las pruebas de la escuela había necesitado estar más alerta para la decisión que estaba a punto de tomar.

Se tranquilizó un tanto cuando al vislumbrar la célebre sala de elección del Andrónicus se la encontró sin hombres. Solo veía a las muchachas que emanaban como hormigas de las puertas dobles y rompían el silencio del salón con el eco de sus voces.

El incipiente sol de la mañana entraba con energía por las miles de cristaleras que rodeaban la estancia. Cortinas rosadas de terciopelo adornaban los lados de los ventanales y varias sillas ribeteadas en detalles blancos y salmón daban la vuelta a la sala, dejando prácticamente todo el espacio central disponible. Un cuadro inmenso cubría gran parte de la pared con una dama del siglo pasado que llevaba un precioso vestido blanco y abombado. No tenía idea de quién lo había pintado, pero su estilo le recordaba al de Jan Vermeer, con colores intensos y un gran contraste entre luces y sombras. Debía tratarse de la antepasada de una familia importante en la historia de Crawley. Amanda se quedó absorta en sus ojos afables y su sonrisa plácida. Aquella mujer había vivido entre hombres,

tiranzada por estos, pero se la veía conforme dentro de su incómodo vestido.

Sus reflexiones se vieron interrumpidas por la llegada de una mujer de mediana edad y formas redondeadas, que emergió de una puerta al otro extremo de la sala y carraspeó para hacerse notar. Las voces de las jóvenes se apagaron de forma paulatina hasta extinguirse por completo.

—Buenos días y bienvenidas a la sala de selección del Andrónicus —exclamó la mujer con tono firme y claro—. A continuación van a conocer a la camada de hombres nacidos en el año 1.874. Todos ellos cumplen la mayoría de edad este año y han sido convenientemente entrenados durante este tiempo en las distintas disciplinas que por decreto real son de esperar en un siervo. Como ya saben, estas disciplinas incluyen: lectura, canto, baile, instrumentos de música, labores de aguja, actividades físicas varias y lengua inglesa. Por lo que no deberían tener ningún problema de comprensión a la hora de obedecer las instrucciones de su ama. Recuerden, a su vez, que su majestad la Reina Victoria, señala como delito castigable cualquier petición a un siervo que esté fuera de la ley. Esto es maltratar o dañar a los siervos a través de vuestras órdenes. Deben velar siempre por la salud de su siervo y tener en cuenta que se trata de un ser vivo con sentimientos y necesidades similares a las de cualquier mujer.

Se detuvo para echar un vistazo a la puerta de la que había salido y Amanda pensó que había acabado con su discurso y que llamaría a los jóvenes. En realidad, todo aquello era innecesario pues en la escuela las formaban en cuanto a las normas de lo que estaba permitido ordenarle a un siervo y en los cuidados hacia este. Además, habían crecido, viendo a sus familiares y conocidas tratarlos a diario.

Pero la mujer aún no había terminado de hablar.

—Una vez que conozcan a los muchachos podrán relacionarse con ellos y decidirse por varios candidatos. Háganlo cuanto antes, pues dentro de la siguiente hora la campana pue-

de sonar en cualquier momento. A veces, incluso, la tocamos tras solo veinte minutos. Una vez suene la campana deben unir el cordón de su cinturón al del joven que hayan elegido. Por favor, les ruego que eviten las disputas ya que no atenderemos a ninguna queja. El muchacho pertenecerá de forma definitiva e inapelable a la dama cuyo cinturón esté unido al suyo.

Amanda exhaló un suspiro, mientras apretaba su mano en un puño sobre el enganche de su cinturón que colgaba sobre su vientre. El hecho de no saber en qué momento iba a sonar la campana la llenaba de nerviosismo e incertidumbre.

Miró al resto de chicas a su alrededor. Algunas lucían tan asustadas como ella. Otras parecían dispuestas a matar por el objeto de sus deseos.

A pesar de las advertencias de la cuidadora del Andrónicus, siempre había disputas entre las jóvenes para elegir a los candidatos más atractivos y fuertes. Era parte de la diversión y existían ciertas normas para evitar que las riñas y la competitividad entre las muchachas se convirtiera en un problema.

Ella conocía bien las normas. Había estado preparándose para aquel momento durante años, e incluso había memorizado los consejos de todas sus amigas que ya habían cumplido la mayoría de edad.

Tenían, como mucho, una hora para observar a los muchachos de la sala, para pedirles que efectuaran tareas como levantar cosas pesadas, masajear un músculo dolorido e, incluso, en ocasiones, se forzaban peleas entre ellos para localizar a los más fuertes y ágiles. Aunque esto último no estaba muy bien visto y podría conllevar una sanción por parte de las cuidadoras del Andrónicus. Después de dieciocho años encargadas de la crianza y formación de los muchachos, era común y entendible que estuvieran encariñadas con ellos.

Durante esa hora, nadie podía escoger a su siervo. Por lo que las jóvenes comenzaban el juego del despiste. Comentando, entre sí, cuáles eran los mejores, alabando ciertas cualidades

que aseguraban haber visto en alguno de los candidatos e, incluso, señalando abiertamente cuál era su favorito.

El problema era que en la mayor parte de los casos estaban mintiendo, intentando confundir a las demás chicas y apartar la atención de su verdadero punto de interés. Otras veces lo decían en serio. Era imposible saberlo con certeza.

Amanda no era la más segura de las chicas. Desde pequeña había dudado de su buen criterio para todo, y siempre había buscado una segunda opinión antes de decidirse a hacer algo. Su amiga Jane era su guía y su vara para medirlo todo. Pero ahora la muchacha no podía acompañarla.

La decisión más importante de su vida tendría que tomarla sola y rodeada de competidoras.

Le preocupaba que no le dieran siquiera la oportunidad de elegir. Ser demasiado lenta y torpe, o tener mala suerte. ¿Qué pasaría si cuando sonara la campana tuviera que conformarse con algún muchacho que no le gustara? Nadie la había preparado para esa posibilidad.

Se frotó las sudorosas palmas de las manos contra el vestido, y la tela de encaje raspó la tierna piel con la crueldad del momento que estaba viviendo.

La cuidadora del Andrónicus se aproximó a la puerta doble que contenía a los muchachos y la abrió de par en par.

—Avanzad —les ordenó, apartándose a un lado para darles paso.

Amanda se puso de puntillas y estiró el cuello para poder divisar la puerta entre las cabezas de las alborotadas muchachas, que, al igual que ella, se inclinaban para verlos salir. Intentó fijar su mirada en sus rostros y concentrarse en su apariencia para ir seleccionando a sus posibles favoritos. Un pinchazo de dolor atravesó su nuca por culpa de la contorsión, y mareada, no fue capaz de ver algo más allá de orejas, nuca y hombros ataviados con elegantes trajes de tarde, a pesar de la temprana hora.

Las demás chicas no parecían tolerar el estupor tan mal como ella, pues no tardaron más de dos minutos en comenzar a examinar de cerca a los muchachos, a darles órdenes y a comentar entre ellas cuales les parecían interesantes.

Logró reaccionar tras varios minutos, cuando su respiración y sus pulsaciones se calmaron, dándole una tregua a su mente. Para entonces, el bloque de diez hombres se había deshecho en grupitos o individuos rodeados a su vez de varias muchachas.

Por desgracia, a Amanda le interesaron especímenes de distintos grupos por lo que no supo a cuál de ellos dirigirse primero.

Después de veinte minutos de deambular por la sala, todas las chicas parecían haberse vuelto locas por uno de los muchachos. Este tenía un cabello rubio brillante, acompañado de unos grandes ojos verdes y labios carnosos. Su rostro era redondo y suave y a Amanda le pareció demasiado femenino y juvenil. Era sin duda el más guapo, pero dudaba que fuera el más varonil o fuerte.

No obstante, su presencia le convenía. Distrayó a un buen grupo de chicas impidiendo que se percataran de las demás joyas de la colección. Y, sin duda, había varias a considerar.

Tres muchachos le llamaron la atención. Quizá no eran tan directamente llamativos como el rubio, pero Amanda prefería una cara más masculina, a la que ir apreciando poco a poco, que un rostro suave y perfecto del que se aburriría enseguida. Además, los tres muchachos tenían una constitución más fornida que la del rubio. En especial uno de ellos, cuya robustez era evidente, incluso con el traje.

El problema era que Amanda no sabía por cuál de los tres decidirse. Dos eran los típicos caballeros ingleses con piel y ojos claros. Uno era pelirrojo, cosa que nunca había sido de su agrado, y el otro, el más corpulento de la sala, tenía un bonito pelo castaño medio. El tercer muchacho se salía de los pará-

metros ingleses de belleza. Tenía una piel morena admirable. Todo él era exuberantemente oscuro. Sus pestañas azabaches, espesas y largas, vestían unos ojos grandes y ligeramente rasgados, como los de un árabe.

Su madre le había advertido que no se dejara cegar por la belleza y que escogiera al más fuerte, y que si dudaba entre dos, que escogiera al que le pareciera más inteligente. En eso último tenía que darle la razón a Jane. Los hombres estaban infestados por una bacteria invisible que vivía en el interior de sus cabezas y los mantenía en una especie de trance. Por esa razón no pensaban; eran seres irracionales. Buscar inteligencia en uno de ellos era una empresa abocada al fracaso.

Sin embargo, su madre le había asegurado que existía una gran diferencia entre las habilidades de unos y otros; y algunos habían dado señales mínimas de inteligencia, como rapidez a la hora de ejecutar una orden, buena localización espacial e, incluso, alguno que otro vestigio de pensamiento independiente en lo relativo a pequeñas decisiones como mover una carga pesada o tareas domésticas.

Acabó por descartar al pelirrojo, quedándose con las otras dos opciones.

El primero hubiera sido la elección de su madre, el segundo la de Jane. ¿Por qué le era tan complicado decidir por sí misma?

Miró al muchacho de aspecto latino sureño y se dirigió lentamente hacia él, esperando que fueran las razones correctas las que la habían llevado a seleccionarlo. El hecho de que también fuera fuerte y no solo la belleza de sus rasgos exóticos.

A su alrededor había varias chicas examinándolo, palpano sus brazos y su espalda. Se preguntó cómo iba a hacer para deshacerse de ellas.

Era difícil avanzar por la habitación abarrotada de gente y aún le quedaban dos yardas para llegar a su objetivo.

A su derecha, dos chicas comenzaron a reñir, atrayendo la atención de todas las presentes, incluida la suya. La trabajadora se acercó a ellas y le arrebató al joven por el que discutían para llevárselo a otra parte de la sala. Las belicosas muchachas le siguieron los pasos, quejándose por su intervención, pero la mujer no era fácil de amedrentar y las amenazó con expulsarlas de la sala. La amenaza las detuvo en seco, pues significaría quedarse con los dos últimos chicos que nadie escogiera.

A su izquierda, tres muchachas comparaban el tamaño de un par de siervos que, atolondrados, obedecían cada petición. Había mucho movimiento por la sala; codos y espaldas la empujaban de un lado a otro. Cuando volvió a divisar a su objetivo entre varias cabezas, este se había desplazado otra yarda. Sarah Richardson, la joven más notoria de Crawley, estaba ahora colgada de su brazo. El corazón de Amanda se hundió al verlo. Si Sarah lo quería, entonces sería suyo; pues era la clase de mujer que siempre obtiene lo que desea.

La cabeza comenzó a darle vueltas. En cualquier momento sonaría la campana y las chicas se abalanzarían sobre su elección. Su corazón palpitó, acelerándose con la emoción de la caza.

Apenas se encontraba a una yarda y media del ejemplar exótico. Un grupo de chicas se cruzó en su camino, obligándola a dar un giro sobre sí misma para buscar un hueco alternativo. Al terminar su grácil círculo, en lugar de encontrarse con el simple aire, se topó con algo sólido. Un pecho rígido como una roca y unas manos grandes que de pronto la sostenían evitando que el impacto la mandara directa al suelo. Las manos eran tan fuertes que la apretaban como si su dueño quisiera hacerla añicos.

Cuando alzó los ojos para comprobar quién se había interpuesto en su camino, se encontró con un par de ojos verdes que le perforaron el alma desde su estatura superior.

Su pecho se encogió ante la devastadora mirada del muchacho, y, de pronto, ya no hubo espacio suficiente en su interior.

Aquellos ojos tenían algo más que belleza, tenían una inteligencia retratada en sus pupilas que solo había visto en otras mujeres, pero nunca jamás en un hombre.

La campana sonó y, sin saber muy bien de dónde venía la orden, su brazo se alzó con el enganche de la cadena que colgaba de su vestido y lo unió al portador de aquellos ojos tan llenos de vida.

Las tres chicas que lo habían estado acosando durante todo el rato, la miraron con odio, pero enseguida se apresuraron en buscarse segundas opciones.

Suspiró con alivio al darse cuenta de que se trataba de uno de sus candidatos, aquel de cabello castaño que había destacado por ser el que mejor figura tenía de todos. Ella misma había comprobado su fuerza y sus reflejos al chocarse accidentalmente contra él.

Finalmente había cumplido con los deseos de su madre.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Callum —respondió él. Y su voz le sonó agradable, masculina y perfecta para escucharlo leer por las noches.

Sus ojos también eran un tanto curvados aunque más grandes que los del otro muchacho. Su rostro era completamente inglés, y aunque de primeras llamara menos la atención que el del joven exótico, Amanda descubrió que le encantaba la forma triangular de su barbilla y la discreta hendidura que la adornaba. Su cara era proporcionada y perfecta, como si los ángeles que fabrican narices, labios y ojos para Dios hubieran moldeado cada uno de sus rasgos con la intención de ponerlos juntos. Pero lo mejor de su rostro, sin contar con el color de sus ojos, eran sus labios. Aquellos labios tan masculinos estaban apretados en una línea severa mientras la contemplaba.

Pestañeó para recobrar la conciencia.

—Te vienes a casa conmigo, Callum —le dijo y tuvo que reprimir una sonrisa, por lo feliz que le hizo la idea.

El joven le devolvió una mirada tan llena de vida y tan rica que la hizo estremecerse. Era como si pudiera ver su alma a través de sus ojos.

Normalmente la mirada de un siervo, a causa de la bacteria, era como los ojos vacíos de un animal. Pero los de Callum no, y aquella anomalía le pareció un extra maravilloso.

Colgada de sus ojos verdes, como si fueran la puerta a un mundo nuevo o la portada de un gran libro aún por leer, enarcó los ojos y arrugó la frente con curiosidad preguntándose qué estaría ocurriendo en la mente del joven.

Sin embargo, en cuanto lo hizo. Callum apartó los ojos de ella y los perdió en el horizonte, inerte como cualquier otro siervo hubiera hecho.

Amanda suspiró, un tanto decepcionada. Habían sido imaginaciones suyas.

La bacteria se había extendido muchos años antes de que ella naciera, y jamás en su vida había visto o escuchado el caso de un hombre con cierto grado de conciencia. Callum no iba a ser distinto. Pero se conformaría con que de vez en cuando le regalara una mirada como aquella.

La ceremonia había terminado y cada chica, feliz o no, poseía al que sería su siervo de por vida y el padre de sus hijos.

Amanda entrelazó su brazo con el de Callum. El muchacho era solo un palmo más alto que ella, pero su estatura era engañosa, pues era tan pesado que tuvo que tirar de él con todas sus fuerzas para que comenzara a moverse.

Caminaron hacia el exterior del Andrónicus. El día había amanecido soleado, pero la tierra estaba mojada por la fina lluvia que había caído durante la noche. A Amanda le encantaba el olor a tierra mojada, pero en esos momentos estaba demasiado emocionada con su nueva adquisición como para notarlo.

Mientras paseaban por las calles aún vacías del pueblo, se sintió extraña, incluso tímida; pero enseguida se recordó a sí misma de que era un hombre, estaba infectado por la bacteria, y como consecuencia no tenía pensamientos u opinión propia. No le importaría si su conversación era amena o aburrida, si se quedaba callada o hablaba demasiado.

—Ya verás cómo te gustará nuestra casa —le dijo, dirigiéndolo hacia el bosque.

Para llegar hasta Fairfax Manor, la mansión campestre donde Amanda y su familia vivían, tenían que cruzar una floresta de cedros espesa pero breve.

No vio a Jane acercarse sino que dio un pequeño salto al encontrársela de frente. La chica se paró delante de ella con los brazos en jarras y, con ojos brillantes, observó a Callum.

—¿Por qué no has venido a buscarme después de la ceremonia? —inquirió.

—Pensaba que te habrías marchado a casa, ¿no estás agotada? —se disculpó Amanda, forzando un bostezo.

—Magnífico —celebró Jane, acercándose mucho a él para

examinarle el rostro—. No finjas que tienes sueño, con este regalito debes de estar saltando por dentro.

Callum la atravesó con aquellos ojos tan despiertos e inteligentes que la habían conquistado, y los vio brillar con interés cuando se posaron en el hermoso rostro de Jane.

Sintió una punzada de dolor en el pecho. Con certeza, él prefería que Jane fuera su ama. Una chica hermosa y casi tan alta como él, con la que combinaba a la perfección y con la que sin duda podría tener una descendencia perfecta.

—Buena elección, Amanda —concedió su amiga, posando una de sus manos en el brazo de Callum.

Amanda se mordió el labio inferior intentando contener las palabras en su boca. Quería ordenarle que no lo tocara, y se sorprendió a sí misma con lo mucho que le molestaba.

¿Qué le estaba pasando? Acababa de adquirirlo y ya había sentido timidez, inseguridad y celos.

Volvió a recordarse que se trataba de un siervo y no de un hombre sano. No necesitaba reciprocidad por parte del joven. Era suyo, le pertenecía le gustara a él o no.

—Jane, déjalo en paz. Ya lo han manoseado bastante hoy.

La chica la miró un tanto sorprendida, pero enseguida apartó la mano de él y comenzó a reír.

—Ten cuidado, Amanda —le sugirió situándose frente a ella—. No vayas a acabar como esas damas ridículas que veneran a sus siervos descerebrados.

Amanda apretó los labios. Le disgustaba que Jane se burlara de ella.

—Es solo que ha tenido un día difícil, con todas esas chicas palpándolo y pidiéndole que hiciera cosas —se defendió—. Se merece un descanso, eso es todo.

Su amiga le dedicó una sonrisa inofensiva, cargada de toda la empatía de la que su personalidad era capaz. No obstante,

cuando sus ojos cayeron sobre el collar que Amanda llevaba puesto el brillo burlón regresó a estos.

—¿En qué pensabas cuándo adquiriste esa monstruosidad? La mitad del pueblo me ha visto contigo y esa cosa esta noche.

Amanda se llevó la mano a la gargantilla de forma inconsciente. Sus primas se la habían traído de Londres y se había enamorado del precioso cabujón digno de exhibirse en el casino Monte Carlo. Se componía de un delicado lazo más oscuro ensartado en gemas cuyos bordes terminaban en hojas, como dictaba la moda. Bajo el lazo, la gran gema turquesa de forma ovalada estaba rodeada de pequeños diamantes. El adorno era la combinación perfecta entre sencillez y modernidad, o al menos eso había creído hasta ese momento. Jane no era la clase de persona que insultaría el aspecto de alguien por envidia. No había duda de que la gargantilla era ridícula; y ni Amanda, ni su familia tenía el gusto necesario para haberse dado cuenta.

Decepcionada por el cambio de perspectiva, Amanda tiró de Callum con fuerza para que la acompañara. Era como intentar mover una montaña, pero finalmente el chico captó el mensaje y comenzó a andar.

—Estoy cansada, Jane. Nos vemos mañana.

—Pero Sally nos espera para desayunar —exclamó la joven a su espalda.

Amanda fingió no escucharla y apresuró el paso hacia el bosque.

El sol se colaba entre las hojas, dotando al bosque de un resplandor verdoso. El canto de los pájaros y la suave brisa acariciando los árboles eran los únicos sonidos cuando ya se habían alejado de la villa.

Amanda se separó de Callum. Primero porque le era más fácil sortear así los troncos y los baches que encontraba en su camino con la pesada falda, y segundo porque se había sentido incómoda tras las palabras de Jane. Supuso que iba a necesitar unos días para acostumbrarse a la idea de que su

siervo era...bueno, como había recalcado Jane de forma tan ruda, un descerebrado.

—Nuestra casa está al otro lado del bosque —le informó, dándose la vuelta para mirarlo.

Su corazón dio un salto al descubrirlo mirando a su alrededor. Parecía confuso, como alguien que intenta decidir qué camino tomar.

Amanda sabía que debía informar al Andrónicus de inmediato de esas pequeñas anomalías que estaba percibiendo en Callum. Pero se dio cuenta de que no tenía intención de hacerlo. Lo había elegido a él justamente por ser diferente a los demás hombres.

Recordó que Callum no había sido su primera elección y en esos momentos, al verlo allí parado en medio de un bosque, a la luz del día y con el pelo revuelto, se preguntó cómo pudo haber considerado a ningún otro.

Su pecho percibió un extraño cosquilleo. Aquel hermoso espécimen era suyo, le pertenecía. Podía acercarse y tocarlo como había hecho Jane. Y podía hacerlo las veces que se le antojara.

El viento sopló repentino, logrando que una hoja caída rodara por el suelo. Callum giró la cabeza de golpe para observarla. Amanda juraría que había fruncido el ceño.

—Solo es el viento —le aseguró, caminando hacia él—. No tienes nada que temer. La ceremonia ha terminado, y yo cuidaré de ti.

Él la miró con lo que parecía ser confusión, y Amanda exhaló una bocanada de aire. Tal vez fuera normal que tras dieciocho años viviendo en el Andrónicus salir a un nuevo mundo con una desconocida alterara su comportamiento. Tenía que tratarse de eso.

La mirada expectante del joven se hizo demasiado pesada, hasta que bajó para depositarse en su collar. Amanda soltó un bufido suave, recordando las burlas de Jane y se deshizo el

nudo que lo sostenía en su nuca. Observó la joya con labios prietos, y la tiró a un lado con cierto pesar. La gargantilla voló hasta caer sobre la tierra y enroscarse con las ramas del árbol más cercano. Lo mejor sería que les dijera a sus primas que lo había perdido durante la noche.

Callum observó la gema turquesa entre la tierra para, a continuación, volver a clavar una mirada inquisitiva sobre ella, y por un instante, creyó que iba a preguntarle por qué la había tirado, pero eso era imposible.

—Tengo mis razones —se limitó a decirle un tanto avergonzada. Parecía juzgarla con aquellos ojos del color de una armadura medieval. Al menos lo eran cuando no estaban irradiados directamente por el sol.

Le ordenó a sus mejillas que se enfriaran. Tenía que recuperar la cordura y el control de la situación.

Fingiendo valentía, le cogió la mano derecha izándola para observarla con detenimiento. Era mucho más grande que la suya. La piel era firme y los dedos tan cálidos que la admiró de inmediato.

—Estoy tan contenta de tenerte —le dijo, sonrojándose aún más—. No pensé que sería así.

Dejó caer el brazo y observó sus dedos unidos como una maraña de raíces en la tierra. Se giró para continuar su camino. Quería darle tiempo a que se acostumbrara a su contacto. ¡Qué demonios! Ella también necesitaba tiempo. Por lo que relajó la mano para dejar ir la suya.

De forma inesperada, los cálidos dedos del joven se cerraron con fuerza sobre los suyos. Callum tiró de ella con rudeza hasta derribarla en el suelo.

El dolor punzante de su brazo ocupó un segundo lugar en su atención cuando se encontró con el rostro en la tierra y sintió la hierba pincharle la piel. Su frente se había llevado la totalidad del impacto y todo su cráneo palpitaba al unísono con su corazón.

Se levantó como pudo y miró a su alrededor.

Nada, excepto árboles, ramas y hojas. El sol continuaba brillando como si el mundo entero no acabara de sufrir un cambio dramático.

—¿Callum? —llamó al muchacho. Se detuvo para intentar escuchar la posible respuesta. Sin embargo, los latidos de su corazón martilleaban sus oídos y su respiración estaba demasiado agitada como para escuchar el crujir de las hojas bajo las pisadas de su siervo.

¿Qué estaba ocurriendo? ¿Cómo se había rebelado contra ella de esa forma? Nunca antes había escuchado de un comportamiento así en ningún otro siervo.

Sabía lo que debía hacer. Debía regresar a la villa y reportar la conducta del muchacho para que las autoridades se encargaran de él.

Tuvo ganas de llorar al pensar que lo perdería. No quería a ningún otro siervo; lo quería a él. Toda la felicidad de instantes atrás se había esfumado, dejando un sabor amargo en su boca.

«Quizá puedan curarle», pensó, animándose un poco.

—¿Callum?! —volvió a gritar y rogó que todo aquello fuera una pesadilla.

Después de varios pasos divisó el final del bosque pero aún estaba lejos de la villa. ¿Se habría ido en dirección al pueblo? Si era así, una mujer asustada ante su comportamiento podría herirlo.

Aceleró el paso ante esa idea; pero, de pronto, sintió un fuerte brazo rodeándole el pecho y una mano cubriéndole los labios para evitar que gritara. Callum la estrujó contra su propio pecho y se dio media vuelta ocultándolos tras un árbol.

Si antes era improbable que alguien la viera, ahora era imposible.

Desesperada, intentó forcejear, pero la fuerza de él era algo inhumano. Apenas podía moverse entre sus brazos, igual que

un delicado gorrión en una jaula de hierro.

—Detente —lo oyó susurrar en su oído.

En ese momento se dio cuenta de que no había cura posible para el muchacho, estaba totalmente liberado. Iba a matarla en ese mismo instante.

Dejó de forcejear y permaneció rígida entre sus brazos. Su respiración agitada era lo único que la movía.

—No grites, por favor —le pidió con más suavidad de la que sus músculos de hierro eran capaces de mostrar.

Sería inútil, aunque gritara no la oirían desde esa zona del bosque.

—No me hagas daño —le imploró, aún a sabiendas de que si Callum era un hombre de verdad no sería misericordioso; sino agresivo, cruel y autoritario.

Él hizo caso omiso de su comentario.

—¿Qué soy? —lo oyó susurrar.

Giró el rostro para mirarlo y entonces él la liberó.

—¿Qué soy? —repitió una vez que la tuvo de frente—. No soy como tú, pero tampoco soy como los otros. ¿Qué les ocurre a los demás hombres?

—La bacteria... —balbuceó Amanda—. Están infectados por la bacteria, como tú deberías estar.

—¿Qué bacteria?

—Una bacteria que actúa sobre el sexo masculino y los deja... —Amanda no podía creer que estuviera teniendo una conversación con un hombre—..., bueno, como has visto a los demás, como deberías estar tú.

Callum se llevó ambas manos a la frente, hundiendo las gemas de sus dedos en la línea de su pelo.

—¿Desde cuándo estás consciente? —preguntó ella, observando los nudillos apretados con los que se tapaba el rostro.

—Una semana —contestó él, sorprendiéndola—. Hace una semana que desperté, bueno, que recobré la conciencia. Antes era como si estuviera en un sueño.

—¿Se lo dijiste a alguien?

—Intenté hablar con los otros chicos, pero no conseguí mucho y cuando sostuve a una de las trabajadoras por la muñeca para hablar con ella, se puso a chillar desesperada. Me reportó a la jefa del Andrónicus y pensé que me harían daño, pero ella tranquilizó a la cuidadora y le pidió que no se lo contara a nadie para no alarmar a la población, hasta que no supieran exactamente lo que me había ocurrido. Asustado por la conversación, decidí fingir que había regresado al estado en el que veía a mis compañeros. Al final debieron creerme porque me dejaron en paz.

Amanda se mordió el labio inferior. Tenía que denunciarlo para que volvieran a infectarlo con la bacteria, pero no podía decirle eso a él o la atacaría.

—¿Cuánto tiempo lleva ocurriendo esto? —preguntó, revolviéndose los cabellos—. No recuerdo mi infancia.

Sintió pena por él. Se imaginaba el sentimiento de despertarse en tales circunstancias. Lo mejor sería que lo infectaran cuanto antes para que volviera a su estado inicial y dejara de sufrir.

—El primer brote de la bacteria ocurrió hace casi cuarenta años en España y se extendió con rapidez por toda Europa —explicó ella—. Tú naciste con esa condición. Eres el primer hombre al que veo consciente en toda mi vida.

Callum se echó contra el árbol, recibiendo el impacto de sus palabras.

—No puedo creerlo. ¿En todo ese tiempo no han encontrado una cura?

Amanda apretó los puños. ¿Cómo iba a explicarle que sí había cura, pero que no querían usarla? La bacteria había afectado a toda la población masculina de Europa y Asia an-

tes del final de 1.855 y durante el primer trimestre del año siguiente también cayeron los americanos.

—¿Cómo es posible que sepa hablar?

—Se les enseña desde pequeños para que comprendan y acaten las órdenes.

—¿Órdenes?

Amanda pestañeó varias veces.

—¿De eso iba la ceremonia? —hizo aspavientos indignados para señalar la villa. Su tono de voz elevado—. ¿Nos reparten como esclavos?

—No esclavos —contestó ella, sonrojándose—, sino como ayudantes.

Callum la observó con dureza y se apartó del árbol con los ojos fijos en los suyos. A Amanda se le puso la piel de gallina cuando dio varios pasos hacia ella.

—Llévame a algún sitio para que puedan estudiarme y averiguar la cura para los demás.

Ella se retorció las manos, pero se quedó callada.

—¿Qué ocurre?

—Algunas mujeres no quieren curarlos.

Callum emitió un sonido entre risa y bufido.

—Claro que no, somos sus esclavos y nos manosean a su gusto —dijo, paseándose de un lado a otro. De pronto se detuvo—. ¿Y tú? ¿Tú también prefieres mantenernos así?

Tragó saliva ante la mirada inquisitiva del muchacho. ¿Qué opinaba ella? Ni siquiera lo sabía. Pero había crecido en un mundo seguro y libre, y le daba miedo perderlo. Las historias que contaban las mujeres más viejas sobre cómo eran las cosas antes de la bacteria daban escalofríos.

—Antes, nosotras éramos las esclavas —musitó.

Callum asintió con una expresión decepcionada.

Bajó la mirada pensativo y varias hebras castañas de su

cabello brillante cayeron sobre su frente.

Por encima de sus cabezas, los pájaros cantaban alegres melodías de bienvenida al nuevo día, totalmente ajenos a lo que estaba ocurriendo a sus pies. Amanda los envidió por su ignorancia.

—Tienes que ayudarme a hacer lo correcto —dijo Callum, tras observarla por un instante—. Tienes que ayudarme a encontrar la cura para salvar a los demás. La clave de la sanación está en mí.

Ella sabía exactamente qué era lo correcto. Tenía que denunciar a Callum para que lo infectaran de nuevo y después volvería a ser suyo. Todo aquello quedaría como un bonito recuerdo. Le recordaría libre, siendo un hombre completo.

El joven, impaciente con la falta de colaboración de Amanda, avanzó hacia ella y la sostuvo del antebrazo.

—Dime que lo entiendes —le ordenó mientras la zarandeaba.

—Me haces daño —se quejó Amanda. Los dedos fuertes del muchacho se hundían en su carne como tenazas de acero. Sabía que los hombres eran más fuertes, y por eso los utilizaban como ayudantes para labores pesadas. Miles de veces habían visto a los siervos de otras mujeres cortar troncos, levantar muebles, sacos de harina y hasta enormes piedras. Pero nunca antes en su vida había sentido la magnitud de esa fuerza en su propio cuerpo y su procedencia le pareció un misterio que el aspecto físico no explicaba. Callum podía ser más grande que ella, pero su facilidad para inmovilizarla iba más allá de lo natural. ¿Porqué Dios había decidido darle aquel regalo a los hombres, aquella ventaja sobre las mujeres? ¿Acaso era su intención que las doblegaran? En la escuela predicaban sobre por qué Dios era misericordioso y bondadoso. Pero a Amanda le parecía que tenía una extraña forma de demostrarlo. ¿Por qué sino las había creado para dejarlas desprotegidas durante tantos siglos? Al menos hasta que les envió la bacteria. La

bacteria que tantas de ellas consideraron un castigo divino.

Callum bajó el mentón para observar la mano que apretaba el brazo de Amanda, y cuando la retiró observó las marcas en su piel con el ceño fruncido. Parecía sorprendido de haberla dañado con tanta facilidad y cuando sus miradas volvieron a encontrar vio superioridad en sus ojos.

Amanda se cubrió las marcas con la otra mano, un tanto incómoda. ¿Cómo se atrevía a considerarla endeble? Ella era normal y era él el que poseía una fuerza oscura que, sin duda, pertenecía a la magia negra.

—Voy a ayudarte, Callum —mintió. La indignación había disminuido el miedo, y ahora se sentía capaz de recuperar las riendas de la situación—. Pero vas a tener que hacerlo a mi manera. Este es mi mundo y tú no eres más que un hombre sin idea de cómo funcionan las cosas.

Callum pestañeó varias veces, quizá preguntándose si había escuchado bien. Era entendible, pues, desde que la conocía solo había visto a la Amanda nerviosa buscando a su siervo, a la Amanda dulce, que le susurraba frases tranquilizadoras al oído, y a la Amanda aterrada y débil. Pues bien, era hora de que conociera a la ama.

—Si alguien se entera de que estás liberado cundirá el pánico y te matarán. Tienes que fingir todo el tiempo hasta que encontremos la cura —le explicó con un tono un poco menos autoritario.

—¿Me matarán? —repitió él, si no se equivocaba, con cierta mofa—. Veamos..., ¿cuántas como tú hacen falta para hacerme daño?

Amanda arrugó la nariz. Algo en su pecho comenzaba a enervarse. Se planteó darle un bofetón para quitarle la irritante expresión de prepotencia que le estaba dedicando. Pero tenía que reconocer que no le convenía tornar la disputa de verbal a física.

Intentó recobrar la calma antes de responder.

—Muchas como yo y con siervos más fuertes que tú a sus órdenes —le espetó con cierto gusto. Especialmente al verlo ofenderse tras asegurar que había otros hombres más fuertes que él.

—No había tenido en cuenta a los demás hombres —reconoció en un susurro apenas audible. Por su expresión tenaz, supo que no lo oiría darle la razón a menudo.

Tras un breve silencio, Callum la observó pensativo y finalmente asintió.

—¿Qué propones, ama? —preguntó, masticando la palabra «ama» como si fuera un insulto.

Amanda entornó los ojos.

—Deberíamos tratar este asunto en mi alcoba. Aquí no es seguro —. Echó un vistazo a su alrededor. Aún era temprano para que las lugareñas pulularan por el bosque, pero no tardaría en aparecer alguna madrugadora—. Hasta entonces debes fingir ser normal.

—¡¿Ah, ah!?! —la interrumpió, moviendo un dedo delante de su rostro—. Deberías reconsiderar tu concepto de lo normal.

—Normal, te guste o no... —comenzó ella más irritada de lo que le hubiese gustado—. Normal es dócil, obediente y disciplinado. Normal es justo lo contrario a lo que eres.

Callum puso los ojos en blanco; pero, acto seguido, su rostro mostró cierta determinación, y comenzó a dar vueltas alrededor de ella como un gigante adormilado.

—Mi seguir órdenes de insecto rubio. Mi tener cuidado para no aplastar insecto rubio al andar —con pasos de sonámbulo y manos estiradas frente a él, se chocó contra ella como si no la viera.

Amanda le empujó torpemente, preguntándose de dónde sacaría aquellas ideas alguien que tenía una sola semana de vida.

—He dicho disciplinado, no ciego.

Desacostumbrada como estaba a moverse en un vestido, se pisó las faldas y la tela crujió al rasgarse, mientras se caía sobre la tierra. Su vestido, que milagrosamente no se había arruinado cuando él la había empujado contra el suelo, lo hizo ahora.

—¿Sabes?, lo de aplastarte al andar era una broma —dijo él contemplándola desde arriba con los brazos en jarras—. No necesariamente tienes porque morir de esa forma.

Callum le extendió la mano para ayudarla a levantarse. Amanda la aceptó pero la soltó cuanto antes y se puso a sacudir su falda intentando deshacerse de la arenilla y de las hojas secas. Había notado algo peculiar en la mano de Callum; algo que se había extendido por todo su brazo. Pero no tenía energía para investigar de qué se trataba.

—Mira mi vestido —se lamentó—. ¿Cómo voy a explicarlo en mi casa?

—Diles que te persiguió un ciervo.

—No hay ciervos por aquí, están en zonas más altas.

—Un pavo real entonces.

—¿Por qué iba a perseguirme un pavo real? —inquirió Amanda, enarcando una ceja.

—No sé —Callum se encogió de hombros—. ¿Para qué le devuelvas el vestido?

—¿Es eso una muestra del sentido del humor masculino?

—En persona —respondió él, haciendo una reverencia como si acabara de representar una obra de teatro.

—No puedo creer que nos lo hayamos perdido todo este tiempo —se burló ella con sarcasmo.

Algunas veces llevaban a los muchachos del Andrónicus al teatro; y sin duda Callum había aprendido muchas cosas tras años de espectador de obras. Se le puso la piel de gallina al darse cuenta de que los jóvenes eran más conscientes de lo que creían.

—No te preocupes, hay más como esa en camino —aseguró él—, me esforzaré para que recuperes el tiempo perdido.

Intentó fingir una mueca de horror pero no le salió bien del todo. Aquella mañana su rostro se negaba a seguir sus órdenes.

—Y tú, a cambio, debes esforzarte en que yo recupere el tiempo perdido —continuó mucho más serio—. Mi infancia para empezar.

Asintió despacio, deseando que Callum no la mirara de forma tan directa. Le costaba respirar cuando lo hacía.

Como si le echaran un balde de agua fría, recordó que tenía que denunciarlo. Pero ya no se trataba de restaurar el orden de su comunidad y el de su vida; sino que acababa de convertirse en alguien con quien había bromeado. Se preguntó si sería tan malo concederle su deseo de experimentar un poco la vida antes de que se encargaran de él. Sopesó la idea con todas sus implicaciones. Tener a un hombre despierto era arriesgado, pues no los conocía y no sabía a qué atenerse con Callum. Todo lo que había escuchado sobre su sexo era violencia y crueldad; y ella misma había comprobado su fuerza y como podía hacer lo que se le antojara con ella con una facilidad pasmosa. Si no lo denunciaba de inmediato estaría arriesgando su vida y la de otras mujeres, y eso era algo con lo que no podría vivir. Pero si quería salir de aquel bosque con vida tenía que convencerlo de que estaba de su parte.

—Tu actuación debe ser impecable, Callum —le advirtió—. Y debes asegurarte de que estamos a solas antes de ser tú mismo.

—Lo sé —concedió él—. Por suerte he tenido una semana para observar su comportamiento.

—¿Por qué no intentaste escapar del Andrónicus?

Callum se pasó la mano por los cabellos y Amanda se quedó mirándola con fijeza. Su mente se distraía con pequeñas tonterías, debido a la falta de sueño.

—Lo hice —reconoció—. Nunca cierran nuestro dormitorio con llave. Hace cinco noches esperé a que la casa se sumiera en el silencio de la noche y salí del Andrónicus. Avancé apenas un poco más de doscientas yardas. Escuché ruido y me agaché tras una pila de paja. Observé a una pareja de ancianos que caminaban hacia su casa. Vi que él se encontraba en el mismo estado que los demás hombres del Andrónicus y me di cuenta de que fuera a donde fuera me encontraría con lo mismo. Así que regresé a mi cama. No dormí nada esa noche, dándole vueltas a lo que estaba ocurriendo y sobre cuáles eran mis opciones. Intenté recordar mi pasado pero solo me venían a la cabeza imágenes nubladas como las de un sueño que apenas puedes recordar. No estaba seguro de cuál era mi hogar, ni hacia a dónde dirigirme. Al día siguiente, escuché a las cuidadoras hablando sobre que faltaban cuatro días para que nos entregaran a las muchachas. Así que decidí esperar a esa oportunidad para salir de allí y averiguar qué estaba ocurriendo.

—Pobrecillo. Debiste sentirte tan perdido.

—Aún lo estoy —musitó—. Pero todo es mucho mejor ahora que te tengo a ti.

Un pinchazo de culpabilidad atravesó la parte más honda de su corazón y tuvo que apartar la mirada para que el joven no lo leyera en su rostro.

—Debemos ir a mi casa, ahora, nos están esperando. Todas quieren ver a mi... bueno, quieren conocerte.

—Pero, ¿cómo vamos a encontrar la cura si lo guardamos en secreto?

Amanda fingió estar concentrada en el extremo del bosque que desembocaba en la villa, pero en realidad estaba comprando tiempo para pensar en una excusa.

—Hay un grupo de científicas en Brighton que están en contra de la bacteria y continúan buscando la cura —mintió—. Les escribiré y les explicaré tu caso y nuestra necesidad de mantenerlo en secreto.

Callum la observó con cierto escepticismo.

—¿Para qué esperar? ¿Por qué no me llevas ahora mismo?

—Tenemos que avisarles antes, y tienes que darme al menos una semana para inventar una excusa creíble para mi familia. No puedo simplemente marcharme a Brighton sin más. Levantaría sospechas.

Callum se aproximó a ella antes de proseguir. Ramas y hojas secas crujieron bajo sus pies. A Amanda ese sonido nunca antes le había parecido aterrador. Siempre paseaba sola por ese bosque sin el más mínimo atisbo de miedo. Comenzaba a entender a las mujeres de antaño, las que decidieron dejar a los hombres en ese estado.

Intentó ocultar su desconfianza hacia él lo mejor que pudo. Si notaba que lo temía, comenzaría a sospechar de sus intenciones de ayudarlo y estaría perdida.

—Entonces, puedo ir yo solo. Tenemos que ayudar a los demás hombres cuanto antes.

—¿Estás loco? Un hombre viajando solo, sin ama. Eso nunca ha ocurrido antes, te detendrían enseguida —le aseguró—. Tienes que tener paciencia. Dame una semana; en ese tiempo deberíamos haber recibido una respuesta del instituto de Brighton.

Callum se cruzó de brazos, observándola desde su estatura ventajosa. Parecía tener problemas para cumplir órdenes de alguien más pequeño que él.

No estaba sorprendida, pues era un hombre. Un siglo atrás habían tiranizado a las mujeres por completo, relegándolas a tareas domésticas y prohibiéndoles tener total participación en la esfera pública.

Pero este hombre estaba en su mundo, en un mundo de mujeres, por lo que tendría que aprender a escucharla y resignarse a hacer las cosas a su manera.

Tras un minuto caminando en silencio, estuvieron delante de la fachada de su casa. Callum se detuvo para observar el hermoso caserío.

Como ella había crecido en esa casa nunca se detenía a apreciar su belleza, pero en esos momentos, imaginándose lo que Callum veía, valoró lo agradable de la fachada amarilla con puertas y ventanas marrones. Los rosales se enredaban por algunas partes de la fachada y bonitos arboles rodeaban el perímetro.

—¿Vives aquí con las demás mujeres? —preguntó Callum, quizá deduciendo que aquello era la versión femenina del Andrónicus.

—Vivo aquí con mi familia.

—Este lugar es inmenso, demasiado para una sola familia —apreció él, arrugando el entrecejo.

—También nuestras sirvientas y sus siervos viven aquí. Mi madre es la alcaldesa de Crawley.

Callum pareció un tanto confuso, como si no entendiera que relación guardaba la ocupación de su madre con el tamaño de su casa.

Amanda se imaginó lo desconcertado que debía sentirse. Las profesoras del Andrónicus les leían a menudo y les enseñaban desde pequeños, por lo que conocía probablemente el significado de casi todas las palabras; pero Callum nunca había vivido por sí mismo y aún no comprendía de qué forma funcionaba el mundo. Saber y experimentar eran dos cosas distintas.

—¿Dónde duermen los siervos? ¿En el establo?

Se giró para mirarlo con los labios fruncidos.

—Normalmente no, pero puede que empiece esa tradición contigo.

Callum sonrió. Su rostro cambiaba por completo cada vez que lo hacía.

—Tu hogar es hermoso.

—Supongo. Lo cierto es que nunca me detengo a apreciarlo.

El joven pareció confuso ante esa idea.

—La rutina es poderosa. Adormece los sentidos, incluso, ante la mayor de las bellezas.

Los ojos verdes se posaron sobre su rostro.

—Creo que ni los siglos pueden hacer que deje de apreciar una vista bonita.

El calor que subió de golpe a sus mejillas, como miles de lenguas de fuego quemando sus venas, la mareó.

Callum arrugó el entrecejo y se inclinó sobre ella. La golpeó con el dedo índice en la frente.

—¿Qué le pasa a tu rostro? Le ha cambiado el color de repente —Callum lucía genuinamente curioso, y eso la hizo sentir aliviada. No tenía ni idea de que el sonrojo lo había provocado él.

En lugar de explicárselo, se puso seria para que comprendiera que lo que estaba a punto de decirle era importante.

—Callum, a partir de ahora tienes que fingir estar infectado, y asegúrate siempre de que estemos solos antes de volver a tu estado normal.

—Sí, ama.

—El sarcasmo no es un rasgo muy extendido entre los siervos —reprobó ella.

—Sí, ama.

—Debes obedecer todas mis órdenes de inmediato —continuó, sin ocultar lo mucho que le gustaba la idea.

—De acuerdo, pero no tienes por qué disfrutarlo tanto —protestó él, arrancándole una sonrisa.

—Si vacilas, se darán cuenta.

—Tranquila, sé como representar mi papel, lo he hecho durante una semana.

—El mínimo error es suficiente para echarlo todo a perder y mandarlo todo al garete. Tienes que estar alerta todo el tiempo.

Amanda no comprendía por qué insistía tanto en su discreción, cuando pensaba denunciarlo tan pronto como estuvieran rodeados de su familia y se sintiera segura.

—No has disimulado muy bien con Jane —le espetó sin poder evitarlo—. Al verla, has mostrado interés; no puedes hacerlo de ahora en adelante.

—¿Jane era la chica con el pelo negro y brillante de antes? —Callum pronunció «negro y brillante» de la misma forma en la que alguien hambriento pronunciaría «asado de cerdo con patatas y verduras campestres».

Amanda, que desde pequeña se había preguntado por qué el corazón era el símbolo del amor, lo descubrió de la manera más dolorosa de todas.

—Exacto. No deberías mirar a nadie con tanto interés —le indicó, sorprendida de lograr que la sugerencia sonara con tan poco reproche.

—Fingir aburrimiento —repitió él con apatía—. No me será muy difícil si sigues gimoteando de esa forma.

Sacudió la cabeza al recapitular sobre la situación en la que se encontraba. De todas las fantasías que había tenido sobre su futuro siervo, recibir insultos nunca había estado en el menú. No dijo nada, pues estaban demasiado cerca de la casa como para continuar con la discusión. No importaba; pues todo terminaría pronto.



3

Cruzaron la entrada de la casa sin encontrarse con nadie. En el silencio podía escuchar sus pasos sobre la madera humedecida del suelo. Echó un vistazo a su alrededor con el ceño fruncido. A esas horas, la casa debería encontrarse en su estado natural de bullicio matutino.

Entró en el gran salón escoltada por un siervo repentinamente mudo. Sin duda sus primas estarían allí. Pero, al pasear su mirada por la sala, descubrió que tanto los sofás rojizos como las sillas rosadas estaban tan desiertas como la entrada, y lo único que resonaba en la estancia era el tic tac del gran reloj dorado cuyo péndulo se balanceaba de forma rítmica. Bajo sus manecillas se leía en letras negras y ribeteadas Alex R. Emilie. Amanda había leído aquel nombre millares de veces, imaginándose de pequeña el aspecto del relojero, con unas pequeñas gafas redondeadas deslizándose por la punta de su nariz mientras ensamblaba las pequeñas piezas que marcarían el paso del tiempo, incluso, cuando el corazón de su propio creador hubiera cesado en hacerlo.

Las cortinas blancas bordadas con pequeños dibujos de flores aún no habían sido abiertas y obstaculizaban la iluminación.

Estaban a punto de abandonar la sala cuando el barullo quebró el inusual silencio.

—¡Feliz cumpleaños!

Amanda dio un salto sobre sí misma ante la repentina marabunta de personas que apareció en su salón. También Callum se había llevado un buen susto. El joven se recompuso

volviendo su rostro a la inexpresiva máscara característica de un siervo.

Sus primas y su hermana se abalanzaron sobre ella, intentando abrazarla a la vez, lo que resultó en su trasero aterrizando contra el suelo.

—Mi cumpleaños fue el mes pasado —les recordó, sofocada por el ataque.

—¡Oh, Amanda, es adorable! —dijo Henrietta, aproximándose a Callum para examinarlo un poco más de cerca. Al menos, ella no se atrevió a tocarlo como había hecho Jane.

Su hermana, Cassandra, a pesar de no ser más que una niña de 8 años, se inclinó para extenderle una mano y ayudarla a levantarse. Su pelo rubio y corto se rizaba con ahínco alrededor de su cabeza. Amanda no comprendía cómo el cabello de Cassandra podía ser tan distinto al suyo propio, que, como mucho, llegaba a ondularse ligeramente en las puntas. Sus mejillas regordetas siempre estaban enrojecidas por el vigor de su temprana edad.

—Tengo celos, aún me falta tanto para conseguir el mío. ¿Me lo prestarás?

Amanda se sonrojó.

Sabía que Callum entendía todo lo que las chicas estaban diciendo. Y allí estaban ellas, hablando de él como si fuera un objeto que se podía usar y prestar. Como si fuera suyo. Todas la felicitaban por tenerle cuando, en realidad, Callum estaba lejos de pertenecerle.

—¿Dónde está mamá? —inquirió, haciendo caso omiso a su pregunta.

—Mamá y la tita están en el jardín, esperando a que salgamos a desayunar.

Amanda se acarició el estómago. El efecto del vino se había disipado dejando una sensación acuciante de hambre y sed.

Miró a sus primas. Las tres chicas de distintas edades estaban revoloteando alrededor de Callum. Solo Isolda, la mayor, tenía su propio siervo, quien descansaba en una silla del pasillo que comunicaba el salón con la puerta del jardín. Estaba inerte. Con una expresión de indiferencia y ausencia que le heló la sangre.

Pronto Callum sería como él.

No es que no estuviera acostumbrada a ver a los hombres así, pero ahora que había conocido a Callum, al verdadero Callum, sintió cierta tristeza al imaginárselo en ese estado.

¿Qué iba a hacer? Tenía que denunciarlo de inmediato, en cuanto encontrara a su madre. Pero eso, irremediablemente, significaría arruinar la fiesta.

«Quizá lo mejor sea esperar hasta mañana», se dijo.

Miró a Callum, que observaba algún punto de la habitación con una expresión indiferente mientras las chicas lo importunaban. Entonces, se dio cuenta de que no era la fiesta lo que no quería arruinar, sino el hecho de tenerlo despierto. Lo quería para ella un poco más. Solo una noche más.

—Niñas, dejen de agobiarlo —les pidió con tranquilidad, a sabiendas de que detestaban que las llamara así—. Son demasiadas, no le dejan respirar.

—Amanda no quiere compartir su juguete —se quejó Henrietta, provocando que sus hermanas se echaran a reír como ratitas histéricas. Era la hermana más pequeña, de apenas 14 años de edad; pero, sin duda, era la más revoltosa.

—Espero que maduren pronto —les dijo, y puso los ojos en blanco. Se acercó a Callum y alargando el brazo lo instó a darle la mano y levantarse del sofá donde lo habían sentado las chicas.

—Vamos al jardín Callum, estarás hambriento —dijo sin mirarle, pues de nuevo, su contacto la había sonrojado. Callum no era tonto y no tardaría en darse cuenta de que sus sonrojos estaban relacionados con él. Tenía que aprender a controlarlos.

El chico la obedeció de inmediato y de forma tan robótica que por un momento se preguntó si lo del bosque había sido un sueño. Se reprendió así misma por sentirse tan triste ante la posibilidad de que su siervo volviera a infectarse.

Tiró de él hacia el jardín, y fueron seguidos por las chicas y el barullo habitual que las acompañaba. No pudo evitar apretar con suavidad la mano que sostenía a modo de disculpa por el latoso comportamiento de sus primas. Tampoco pudo evitar sonreír cuando él le devolvió el apretón.

En la parte trasera de su casa, se extendía el enorme jardín que desembocaba en una gigantesca fuente y detrás de esta, se dejaba ver un pequeño bosque. A la derecha se encontraba el establo.

—Tu habitación está por ahí —le susurró con una sonrisa, señalando las cuadras.

Había algo retorcidamente agradable en el hecho de que él no pudiera responderle en público.

A su izquierda, había un pequeño huerto que su tía cuidaba como pasatiempo. Un entretenimiento que todas disfrutaban, pues no había comparación entre el sabor de las verduras frescas y las que habían sufrido el maltrato de un día de mercadillo.

Su madre y su tía estaban sentadas en las mesitas del jardín, tomando el té. Las mesas estaban repletas de refrigerios y aperitivos. Tom y Ross, los siervos de su madre y su tía, estaban sentados en la hierba junto a los perros.

Cuando la madre de Amanda los divisó, un brillo se instauró en sus ojos al contemplar a Callum. Amanda arrugó el entrecejo, pues era inusual que su madre mostrara interés en un siervo. Quizá había percibido de inmediato la inteligencia en el muchacho y aprobaba su elección.

Su tía les sonrió con su habitual despreocupación. Era una mujer cuya templanza no le era fácilmente arrebatada y

siempre se encontraba de buen humor. Sus cabellos grisáceos se recogían en un abombado y elegante moño en el centro de su nuca. Al contrario de Mary, la tía de Amanda era delgada como una gacela y lo único que las diferenciaba en edad era que Mary aún conservaba sus cabellos del rubio oscuro con el que había nacido.

—Excelente ejemplar, Amanda. Te felicito —dijo su tía, Evelina.

Mientras su tía hablaba, Amanda pudo ver por el rabillo del ojo como su madre se fijaba en la marca que Callum le había hecho en el brazo.

—Una elección acertada donde las haya —concedió al notar que Amanda la estaba observando. Sin embargo, para su sorpresa, no la interrogó sobre cómo se lo había hecho, sino que preguntó cómo se había comportado hasta el momento.

Amanda respiró hondo tratando de recobrar la cordura. Por supuesto, su madre no sabía nada sobre su siervo. Solo que la tensión de ocultar un secreto así la ponía nerviosa.

—De momento, todo está bien.

—Excelente —aprobó Mary, y le dio un sorbo a su té—. Sinceramente es uno de los mejores ejemplares que he visto últimamente y con esas proporciones te será muy útil en tu trabajo. ¡Enhorabuena, hija!

Sin embargo, la pregunta que se había temido llegó por parte de su tía.

—¡Por Dios, Amanda! ¿Qué le ha ocurrido a tu vestido?

—Me he caído en el bosque.

—¿Diez veces?

Amanda se mordió el labio.

—No estoy acostumbrada a beber vino, tía.

—Cierto, querida, para eso se necesitan años de entrenamiento —rió la mujer, confirmando la sospecha que siempre había tenido, sobre que el buen humor de Evelina

estaba directamente relacionado con la cantidad de vino que ingería.

—Amanda, ven a jugar al cricket —la llamó Henrietta.

Se sentó sobre una de las bonitas sillas de jardín disfrutando de los rayos de sol en su rostro. Aquel había sido un largo invierno, pero el mes de mayo les había tendido una tregua. Le ordenó a Callum que se sentara a su lado.

—Henrietta, ¿crees que puedo jugar a algo con estas faldas sin herirme de muerte?

Su prima dejó escapar un sonido entre una risotada y un bufido indignado.

—Qué tontería, nadie ha muerto jugando al cricket.

—En realidad varias personas han muerto jugando al cricket.

—Las cosas tan aburridas que eres capaz de leer Amanda —. Henrietta puso los ojos en blanco justo antes de volver a su juego.

—Leer cosas «aburridas» te previene de serlo tú misma —le respondió confiada—. Es algo que sabrías si leyeras algo más aparte de novelas.

—Lo hago —aseguró su prima con fingida seriedad—. Tomé prestado tu libro de Voltaire para las ocasiones en las que no puedo conciliar el sueño.

Evelina observó divertida cómo sus hijas reían ante el comentario de su benjamina. Amanda le dedicó una mirada de desaprobación por incentivar la banalidad de sus primas.

Su estómago rugió recordándole que se moría de hambre. Se inclinó para coger una galleta de la mesita de jardín y ahogó un grito al pisarse su propia falda y perder el equilibrio.

Su madre se inclinó para sostenerla del brazo y, por suerte, no llegó a caerse de la silla.

—Esos vestidos estaban diseñados por los hombres para asegurarse de que no pudiéramos hacer nada embutidas en ellos —declaró Mary. Siempre había sido así con ella. La política siempre estaba presente en casa.

—Nada, excepto levantarlas con facilidad.

—¡Mamá! —protestó Isolda, tapándole los oídos a Cassandra, a la que le estaba haciendo trenzas, y Amanda deseó que alguien se los tapara también a Callum.

Evelina soltó una carcajada por su propia broma y se sirvió más vino.

Amanda se preguntó cómo podía beberlo a diario y tan temprano. Ella no soportaría sentirse de aquella forma tan a menudo.

—Mi doctora dice que es el mejor desayuno —le dijo su tía al verla observar la copa, adivinando sus pensamientos.

Asintió con una leve sonrisa.

—¿Cómo fue la ceremonia? ¿Fue difícil elegir a Callum? —le preguntó Isolda mientras analizaba las pastas que quedaban en la bandeja.

—Bueno, era el ejemplar más fuerte e inteligente de la sala. No podría haber escogido a otro —mintió Amanda, recordando al joven sureño. Sin duda, ella era la primera chica que no podía hablar sin tapujos sobre cómo había tenido que conformarse con su segunda elección, porque la elección en cuestión la estaba escuchando.

—Inteligente, claro —Isolda soltó una risotada mientras contemplaba a Callum—. Por supuesto, su apariencia no tuvo nada que ver. ¿Sabes quién es su madre?

Amanda le echó un vistazo de reojo a Callum. Se preguntaba qué habría sentido el joven al oír hablar de su madre.

—No lo sé, Isolda —espetó—. Ya sabes que traen a los bebés de otras zonas, desde que aquella científica demostrara que los hijos son más sanos cuando no provienen de progenitores emparentados.

—Pero puedes solicitar un informe sobre Callum al Andrónicus, para saber un poco más de su ascendencia.

—Lo sé por mi hermano —dijo ella—. Su ama le pidió al Andrónicus de su ciudad nuestra dirección y me he estado escribiendo con ella.

Amanda no se dio cuenta de lo que había dicho hasta que vio a su madre levantar la vista y observarla con el ceño fruncido.

—¿Mantienes correspondencia con Elizabeth Thorton? —le espetó con voz grave—. ¿Sobre qué? ¿Qué es lo que te puede interesar de esa mujer?

Apretó los labios ante el tono de su madre. Debería haber adivinado que Mary no lo aprobaría. Cuando recibieron la primera carta de Elizabeth, contándoles como había elegido a su hermano Daniel como siervo, su madre la había rasgado, alegando que sus únicas hijas eran Amanda y Cassandra, y que todo lo demás no le interesaba.

Amanda había recuperado los pedazos rotos de la carta y, junto a Cassandra, en la privacidad de su habitación, la había montado igual que las piezas de un puzzle. Ella misma le sorprendió sentirse extrañamente emocionada al leer sobre su hermano. Nunca llegó a conocer a Daniel, pues lo habían enviado inmediatamente después de nacer al Andrónicus de otra ciudad. Lo hacían así con todos los bebés nacidos hombres para evitar que las madres se apegaran a ellos.

—Respóndeme. ¿Por qué te escribes con esa mujer?

—Me gusta leer sobre mi hermano —respondió ella mortificada.

—¡Tú solo tienes una hermana! —le espetó Mary con vehemencia—. Espero que tengas clara la diferencia. Daniel no es más que un envoltorio vacío. La persona dentro de él no existe y por lo tanto no tienes hermano.

Amanda asintió, sintiéndose muy incómoda por la situación en sí y por el hecho de que Callum fuera testigo de la forma en la que sus familiares hablaban de los hombres. Quería zanjar el asunto aunque ello supusiera darle la razón a su madre.

—Me alegro tanto de no haber engendrado nunca a un muchacho —comentó su tía con un tono más conciliador—. Solo pensar en tener que pasar por esos nueve meses y la tortura del parto para tener que entregar a mi bebé. Es descorazonador.

—¡Tonterías! Es un honor para cualquier dama servir a la sociedad produciendo un siervo que ayudará a otra mujer en sus labores —terció Mary.

—Es un honor que nadie quiere —le discutió Isolda—. He visto a mis amigas llorar durante semanas tras dar a luz a un niño.

—Eso es porque no comprenden el valor del sistema social del que disfrutamos —continuó su madre y Amanda se tensó. Cuando Mary comenzaba a debatir esos temas solía utilizar datos para abalarse y uno de ellos podrían alertar a Callum sobre las mentiras que Amanda le había contado en el bosque.

—Antes de la bacteria, eran las niñas las que al nacer eran despreciadas por sus padres por su condición de mujer. ¿Es que tus amigas prefieren regresar a ese modelo?

—No, tía —concedió Isolda—. Supongo que su pena es egoísta porque les gustaría haber tenido a una niña para poder quedársela. Dar a luz a un niño es prácticamente lo mismo que dar a luz a un mortinato.

—*Damnant quod non intelligunt* —exclamó Mary en latín.

Amanda pensó en el significado del dicho. Su madre lo aplicaba a las mujeres que se quejaban de dar a luz a niños, pero Amanda le encontró otro sentido que complacería a Callum.

—Condenan todo aquello que no comprenden —tradujo en voz alta, sin mirar a nadie en particular.

—*Dura lex sed lex* —intervino Evelina, zanjando así la conversación.

El resto del día pasó dolorosamente lento. Amanda no podía dejar de preguntarse cómo se estaría sintiendo Callum, allí sentado, sin poder decir nada y soportando las órdenes y los juegucitos de sus primas. Deseaba que el sol descendiera en el cielo lo suficiente como para tomar a Callum y marcharse a su alcoba donde nadie los molestaría, y donde el joven podría volver a ser el mismo.

Para aprovechar el clima agradable, tomaron el almuerzo también en el jardín. Pero cuando el soñoliento sol comenzó a acostarse sobre el horizonte, la tarde se tornó demasiado fría para quedarse en el exterior y se desplazaron al salón. Allí Nathaniel, el siervo de Isolda, tocó al piano todas las melodías que Isolda le indicaba.

Jugaron a las cartas y Amanda perdió varias manos, ya que no podía concentrarse al pensar en lo aburrido que debía estar Callum, sin poder moverse o centrar su atención en ninguna actividad.

—¿Qué te ocurre Amanda? —preguntó su tía tras una carcajada—. Nunca antes te había visto perder de esta forma, es como si nunca hubieras visto cartas antes.

Amanda luchó por ocultar su sonrojo.

—Llevo demasiadas horas despierta, tía.

Finalmente, el reloj marcó las siete de la noche y Amanda anunció que se retiraba a descansar. A nadie le pareció extraño que lo hiciera más temprano de lo normal.

Su madre desenterró la mirada del libro que sostenía entre sus manos, Utopía, para observarla pensativa. Cuando ya había avanzado hacia las escaleras con Callum de la mano, la llamó, obligándola a detenerse y darse la vuelta para atenderla.

—Amanda, ¿podrías dejar ese vestido en mi alcoba cuando te lo quites?

Pestañeó varias veces y cada vez que lo hacía le costaba aún más volver a elevar los párpados. Con certeza acababa de malinterpretar la petición de su madre.

—¿Cómo has dicho, mamá? —las palabras salieron encadenadas las unas a las otras, pues tenía tanto sueño que se sentía embriagada.

—Que lles tu vestido a mi alcoba cuando te lo quites —le repitió esta con total normalidad.

—¿Por qué? —no se molestó en ocultar lo insólita que le parecía la idea.

—Me gustaría guardarlo de recuerdo —se limitó en contestar Mary con una sonrisa.

La contempló boquiabierta, pero su madre, sin añadir nada más, volvió a su lectura. Mary nunca había sido una sentimental y mucho menos la clase de mujer que guarda artículos ultra femeninos como vestidos. De hecho, los odiaba y con certeza prohibiría aquella tradición de llevarlos en la ceremonia de selección si pudiera.

—Que te diviertas esta noche —le dijo Isolda con ojos entornados y una sonrisa maliciosa que provocó las risas histéricas de sus hermanas.

—Estoy agotada. Mi cita esta noche es con Morfeo —protestó, sintiendo cómo sus mejillas ardían casi tanto como la mano que sostenía la de Callum.

—Tranquila, Amanda, sabemos perfectamente a qué vas a dedicarte esta noche —se burló su tía y la risa se contagió por toda la sala de dibujo.

Tenía que sacarlo de allí cuando antes.

Soltó al joven, se encontraba demasiado avergonzada como para soportar el contacto; y se preguntó si Callum entendería a qué se estaban refiriendo, o su inocencia de recién nacido lo impedía. Deseó que fuera eso último.



Subieron por las escaleras de madera y sus escalones, humedecidos por años de clima inglés, rechinaron bajo el peso de sus cuerpos. Callum observaba discretamente los cuadros que adornaban las paredes, en su mayoría renacentistas. Se detuvo ante uno de los que estaba mejor iluminado por la lámpara del pasillo para observarlo con más atención. Se trataba de una escena en un bosque donde una dama estaba tumbada sobre su espalda cerca de las raíces de un árbol y dos pequeñas hadas revoloteaban a su alrededor. Era el cuadro favorito de Amanda porque le recordaba al poema de Spencer «La Reina de las Hadas», que había releído miles veces.

Lo guió por el pasillo de la planta superior hasta una puerta de madera blanca que daba directamente a las escaleras de la buhardilla. La habitación de Amanda estaba en esa planta y por suerte no la compartía con nadie más. En esa ala de la casa tendrían total privacidad.

Callum se mantuvo callado todo el camino, incluso después de que Amanda cerrara la puerta de su habitación.

—Puedes hablar aquí —le anunció al ver que el chico la miraba fijamente—. Nadie me molesta jamás en mi habitación.

En lugar de mediar palabras, el joven echó un vistazo a la habitación apreciando sus detalles.

—¿La tarde te ha parecido demasiado insoportable? —le preguntó, mientras prendía la lámpara de aceite que descansaba sobre su tocador. En esa época del año anochecía después

de las nueve, pero el cielo se había encapotado con nubes negras, dándole una bienvenida temprana a la oscuridad—. Apenas respirabas, y no has comido o bebido nada.

—No he tenido el valor —respondió él—. Tu madre tiene aspecto de que le arrancarían una mano al que se atreva a quitarle un pastelillo y tu tía de que le clavaría un tenedor al que se sirva una copa de su vino.

—Callum, no seas cruel.

—Tú eres la cruel, pues te has reído, y son tus familiares.

Amanda ocultó una sonrisa, moviéndose a la zona menos iluminada. Por suerte su habitación era espaciosa. Había tomado la buhardilla de la casa como dormitorio y era la única que dormía en esa planta.

—¿Cuándo escribirás esa carta? —preguntó aún sin mirarla. Observaba la cama de doseles cubierta casi en su totalidad por las cortinas de azul cielo.

—Ahora mismo —se apresuró en contestar, feliz por tener algo que hacer—. Mañana a primera hora la llevaremos a correos.

—Tu dormitorio es extraño —continuó el muchacho, observando los muebles de tonos rosados y verdes con formas de flores y hojas.

Amanda tomó una hoja del cajón de su mesita.

—Yo misma he construido los muebles, por eso nunca has visto nada parecido.

—Tampoco es que haya visto mucho.

Cierto. Las únicas casas que había visto en su corta vida de conciencia eran el Andrónicus y la mansión Fairfax.

—Aún así te aseguro que no verás muebles parecidos en ninguna parte. A menos que me los hayan comprado a mí —dijo con una sonrisa orgullosa. Él posó los ojos en sus labios arrugando el entrecejo como si no entendiera porque sonreía—. Quería que mi habitación pareciera un campo soleado. Por eso el suelo es verde y el papel de las paredes tiene

hierba verde dibujada, y el techo es azul cielo y los muebles tienen forma y color de flores y hojas.

—¿Qué significa eso en tu rostro? —se limitó a preguntar él con la misma curiosidad. Se acercó tanto a ella que no pudo evitar parpadear y encogerse.

—Su... supongo que estoy orgullosa de mi trabajo —tartamudeó—. Muchas mujeres vienen de otras partes de Inglaterra para comprar mis muebles y a veces viajo para decorar sus habitaciones o locales.

Los ojos de Callum detallaron su rostro hasta que una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.

—Esa expresión... cuando hablas de tu trabajo —comentó fascinado—. Yo quiero experimentar eso.

Amanda no supo qué responder. Los siervos no se dedicaban a nada. Cumplían las órdenes de sus amas para facilitarles la vida y como mucho las ayudaban en la profesión que estas habían elegido. En la vida de un hombre no había cabida para la vocación y la realización.

Pero no podía discutir algo así con él. Por lo que agachó la mirada y se concentró en sacar otra hoja del cajón de su escritorio. Se sentó sobre el acolchado asiento verde, mientras que las patas y el respaldo eran marrones como el tronco de un árbol. ¿Cómo no iba a estar orgullosa de su trabajo? Era la pasión de su vida.

Callum se asomó por encima de su hombro. Podía sentir la presencia del muchacho en la piel de su espalda aunque no llegara a tocarla, ¿cómo podía sentir el fuego arder en una estancia sin tocarlo!?

Humedeció la pluma en el tintero, con manos un tanto temblorosas bajo la atenta vigilancia de Callum.

Era difícil escribir una carta que no pensaba enviar. Sobre todo cuando toda su atención se empeñaba en concentrarse en el ser que respiraba en su nuca. Desperdició varias hojas por la cantidad de errores que cometía.

Callum se puso de rodillas para aproximarse más a la superficie de la mesa.

—Deberías mejorar tu letra —susurró, y esta vez pudo sentir su cálido aliento en la oreja—. Parece que lo hayas escrito con los ojos vendados, a lomos de un caballo al galope y embriagada. Creerán que te lo has imaginado todo.

—Normalmente es bastante clara —se defendió Amanda, echándole un rápido vistazo. Tenía que dejar de reír cada vez que la insultaba o él lo tomaría como una buena costumbre. Se inclinó sobre su lado izquierdo, simplemente para poder alzarse un tanto y recuperar el aliento.

—Diles que estoy dispuesto a que me examinen y a pasar por todas las pruebas que sean necesarias.

Amanda se detuvo.

—¿Te sacrificarías así por los demás? —inquirió con el ceño fruncido.

Las pestañas negras de Callum, que ocultaban sus ojos mientras estaban fijados en la carta, ascendieron y sus pupilas se encontraron.

—Mientras los demás no sean libres yo tampoco lo seré —sentenció con seriedad—. ¿Cuántos días como hoy me quedan?

Amanda bajó la mirada y, sin responderle, continuó escribiendo. ¿Qué cuántos días le quedaban como aquel? Pues probablemente ninguno, porque al día siguiente iba a denunciarle. Sin más aplazamientos ni demoras. No podía dejar que Callum le cogiera gusto a la vida o acabaría sintiéndose como una asesina.

—Ya está —dijo, después de firmar la carta.

Él la cogió y se puso de pie para releerla.

—Me resulta tan inexplicable el hecho de saber leer cuando no recuerdo haber aprendido. Ni siquiera estoy seguro de qué cosas puedo hacer.

—A todos los jóvenes les enseñan lo mismo. A ser útiles y agradables. Les enseñan a tocar instrumentos, a leer con voz dulce, a bordar...

—¿Nos enseñan a jugar a las cartas? —la interrumpió él.

—No, se necesita inteligencia para jugar a las cartas, porque se deben tomar decisiones estratégicas.

—¿Es por eso que lo haces tan mal?

Amanda pestañeó, y esbozó una sonrisa sarcástica mientras le contemplaba con ojos entornados.

—En realidad, tengo una habilidad excepcional con los juegos de cartas, es solo que... —balbuceó. No era especialmente propensa a la timidez, pero algo en la mirada de él tenía el poder de alienarla de su propia personalidad.

—Me gustaría que me enseñaras a jugar —le pidió sin parecer advertir su desasosiego.

Amanda asintió, aunque sabía que al día siguiente todo habría terminado. Quizá podría esperar un día más para calmar su curiosidad sobre los hombres. Despertaba en ella sensaciones nuevas que, aunque desagradables en su mayoría, le hacían sentir viva.

—Mañana, quizá, ahora podría leer un poco antes de irme a dormir —mientras hablaba, lo sostuvo del brazo para encaminarlo a su propia habitación—. La alcoba contigua es tu habitación. Están comunicadas.

Amanda agarró el pomo de la puerta y tiró de ella, pero esta apenas se abrió un palmo antes de encontrarse con un obstáculo que resultó ser una mano de Callum, firmemente plantada en la superficie de la madera.

—¿Dormir? Debe de ser una broma —exclamó horrorizado, como si se tratara de un crimen. Empujó la puerta para cerrarla de nuevo—. Hay tantas cosas por descubrir, y pretendes que me duerma. Llevo dieciocho años durmiendo.

Amanda suspiró. Sus ojos escocían como protesta a su maltrato. Pero no le sorprendía que Callum se negara a darle un momento de paz.

—¿Por qué no hacemos eso de lo que hablaba tu prima?

—No —exclamó demasiado abrupta. Había enrojecido hasta la punta de los pies.

—¿Por qué no? Sonaba divertido.

—Porque... necesitas un corte de pelo —soltó al fin. Era cierto que lo necesitaba y al menos le valdría de excusa para apartarlo de tales cavilaciones.

Callum la miró con una mueca asustada, y dio un paso hacia atrás.

Contenta por tener un cometido menos aterrador que el que insinuaba su prima, caminó hasta su tocador y sacó un par de tijeras y un peine.

—No harás tal cosa —lo escuchó decir a su espalda.

—No tienes porqué asustarte. Todos nos cortamos el pelo de vez en cuando, y a ti sin duda te ha llegado el momento.

Dejó las tijeras sobre la pequeña mesita redonda que yacía en mitad de su habitación, y se colocó frente al muchacho.

—Quítate la chaqueta —le pidió con un tono suave.

Callum la miró a los ojos durante unos segundos, y allí debió de leer una determinación inapelable, pues acabó por obedecerla.

Debajo de la chaqueta llevaba un chaleco del mismo color sobre una camisa blanca. También se lo quitó. Deshizo el elegante nudo del pañuelo, se lo sacó por un lado y lo tiró sobre la silla junto al resto de prendas. A continuación, se dispuso a desabotonarse la camisa blanca.

—Es suficiente —declaró Amanda al ver asomar las clavículas y la parte superior de su pecho.

—Esta habitación parece el caldero de una bruja—respondió él, encogiéndose de hombros. Por supuesto, él no comprendía sus objeciones.

No podía negarlo. El sol había golpeado el tejado de la casa durante todo el día, pero Amanda no lo había notado hasta ese momento. Una gota de sudor se deslizó por su estómago.

—Siéntate —le ordenó un tanto brusca, y se encaminó a la ventana más cercana para abrirla de par en par.

Él hizo lo que le pedía pero no sin refunfuñar. Ella se colocó a su espalda y comenzó a cepillar su cabello con suavidad.

—¿Por qué necesito un corte de pelo?

—Porque el cabello tan largo en un caballero desafía la moda.

—¿Moda? —repitió él, echando una mirada por encima de su hombro.

Amanda lo sujetó por las sienes para obligarlo a mirar hacia delante.

—No te muevas o te cortaré una oreja.

—¿De dónde viene la moda?

—Normalmente de la gente rica y atractiva. En Crawley se trata de Sarah Richardson, la joven más acaudalada del pueblo. Ella viaja a menudo a Londres, donde acude a fiestas y se fija en lo que llevan las mujeres más populares. Entonces, regresa a Crawley con los últimos vestidos, cortes de pelo y complementos; y organiza fiestas para que las demás rabie-mos de envidia.

Amanda detuvo el cepillo y se echó un poco de agua de la jarra que yacía en la mesita para mojar el cabello de Callum y que fuera más sencillo de cortar.

—Entonces, ¿la moda no es otra cosa que disfrazarte de alguien que piensas que es mejor que tú?

Al ver que había dejado de pasar las manos por las hebras castañas de su cabello, Callum elevó la cabeza para mirarla a través del espejo.

—¿Por qué sonrías? —le preguntó, con la curiosidad de un niño pintada en la cara. Amanda nunca había tenido tantas ganas de darle un beso a nadie.

—Antes he sentido lástima por el hecho de que no hayas tenido una infancia —le explicó—. Pero me acabo de dar cuenta de que gracias a ello, tu mente no vive en la jaula de la sociedad, y tu forma de razonar es completamente libre. Nunca se me hubiera ocurrido pensar que mis amigas y yo nos disfrazamos de la señora Richardson, que a su vez está disfrazada de alguna dama popular en Londres, que a su vez se ha disfrazado de otra dama que ha visto en sus viajes a París.

Sonrieron juntos ante el hilo de pensamientos.

—Eres un verdadero filósofo.

—Quizá deba dejarme la barba larga y vestirme con una de tus sábanas.

Amanda sonrió al imaginárselo de esa forma; y continuó humedeciéndole el pelo. Puede que ya estuviera mojado, pero adoraba sentir los suaves mechones entre sus dedos.

—¿Jane es más rica que tú? —le preguntó el joven tras un momento de reflexión.

—No, mi familia es mucho más acaudalada que la suya —respondió mientras volvía a cepillarle el pelo.

—Entonces, ¿por qué decidiste tirar tu collar cuando ella lo criticó?

Sus ojos se encontraron en el espejo y notó como sus mejillas ardían. Cuando había hecho aquello no sabía que él estaba despierto, y ahora recordaba que el joven lo había seguido con su mirada curiosa.

—Yo... no —balbuceó, incapaz de encontrar las palabras adecuadas. Tragó saliva, antes de continuar—. Siempre sigo los consejos de Jane en lo referente a la moda, pues ella es más hermosa que yo.

Lo observó con atención tras hacer esa declaración. Callum apartó la mirada pensativo, quizá buscando en su memoria a la bella Jane.

—Aun así —comenzó, y ella no pudo refrenar el impulso de dar un tirón deliberado a su cabello. El joven soltó un quejido.

—Disculpa.

Callum la miró ceñudo a través del espejo, pero pareció creerse que había sido un accidente.

—Aun así... —prosiguió con vehemencia—, no deberías haber tirado un collar que te gustaba, solo porque ella no lo apruebe. De hecho, deberías rebelarte contra Jane, la señora Richardson y cualquier otra mujer, y empezar a llevar lo que te plazca.

Sonrió contagiada por el entusiasmo libertador de su siervo.

—Creo que ya me estoy rebelando contra todas las mujeres a la vez, manteniendo a un siervo parlanchín y lleno de ideas revolucionarias escondido en el ático.

Callum tuvo el descaro de guiñarle un ojo a través del espejo, y Amanda contuvo una risita que, de haber escapado, se hubiera parecido vergonzosamente a la de sus primas.

Dejó el cepillo sobre la mesa y cogió las tijeras con la otra mano. Cuando hubo seleccionado un mechón del flequillo de Callum entre sus dedos índice y corazón, colocó las hojas de las tijeras sobre estos para comenzar la labor. Él se encogió de hombros y arrugó la cara como si esperara un dolor inminente. Amanda se detuvo al verlo.

—Callum, no sentirás dolor alguno.

El joven abrió un ojo primero, como si aún no lo creyera, y finalmente el otro para observarla con cierto recelo.

—¿Cómo no va a doler que me cortes?

Amanda intentó no reírse. Se imaginaba lo ultrajante que debía ser que el causante de tu ignorancia se burlara de ella en tus narices.

—Te prometo que no te dolerá —buscó sus ojos, ahora grises, una vez más en el espejo—. ¿Confías en mí?

No lo hacía, pero no le quedaba otra opción que encomendarse a la única aliada con la que contaba. Por fin, relajó los hombros al comprobar que los cortes no dolían. El chico que escondía en su habitación era como un niño pequeño embutido en el fornido cuerpo de un hombre, y su inocencia lo hacía tan adorable que tiraba de los pequeños hilos invisibles de sus entrañas.

—Cuéntame más sobre cómo eran las cosas antes de la bacteria —le pidió, mientras ella se concentraba en que todos los mechones quedaran del mismo tamaño. Tarea que había sido más fácil en su imaginación que en la práctica.

—Yo nací después del cambio. Pero las mujeres mayores y las profesoras de la escuela nos cuentan multitud de historias. Este siglo ha sido como una vorágine de transición y cambio. Y de castigos divinos. En medio del humo, la pulcritud y el sufrimiento de niños trabajando jornadas demasiado largas en las fábricas, Dios se manifestó enfurecido. Envío su cólera en la forma de una enfermedad con el mismo nombre. Todos pensaron que el cólera viajaba por el aire fétido de las calles de Londres, pero no era así. En realidad, la enfermedad se deslizaba por las inmundas aguas del río Támesis. No obstante, a Dios no le satisfizo este castigo y en vista de que las mujeres y niños, los favoritos de su creación, seguían siendo maltratados, les envió a los españoles la bacteria, a sabiendas de que se propagaría por todas partes. Fue entonces cuando llegaron los días más oscuros. Los hombres cayeron con rapidez, uno tras otro, y abandonaron los puestos de trabajo que ocupaban. La sociedad se paralizó como nunca antes había ocurrido. Durante unos meses todo fue confuso y doloroso. Apenas había comida en el mercado, los bancos y las fábricas cerraron y los transportes se detuvieron durante varias semanas. La reina Victoria se reunió con otras mujeres cercanas al poder en sus respectivos países. Después de su regreso de esa

importantísima reunión, publicó un comunicado escrito de su puño y letra. En ese comunicado, explicó los precedentes que marcarían la nueva estructura de la sociedad. El comunicado era bastante largo y por desgracia nos obligan a estudiarlo en la escuela.

—Me gustaría leerlo —la interrumpió Callum, que la contemplaba con ojos atentos. Gracias a su incapacidad de ocultar los sentimientos en su rostro, Amanda sabía que lo entretenía con su narración. Ella era la cuentacuentos de la familia. Las noches frías solía entretenerlas con historias junto a la chimenea.

—Estoy segura de que hay una copia en la biblioteca. Pero en resumen, la reina Victoria decretó que toda mujer apta para trabajar debía ocupar los puestos que creyera que su vocación y conocimientos le permitirían desempeñar. Se habilitaron las escuelas para ayudar a las mujeres confusas a identificar su vocación y recibir educación gratuita en caso de necesitarlo. Gran parte de la población continuó trabajando en los puestos que habían tenido antes de la bacteria, otras, aquellos en los que habían asistido a su marido, como la mujer del tendero o la del granjero. La idea de la reina Victoria era muy benévola, pues daba la oportunidad de que cualquier mujer pudiera dedicarse a lo que le placiera. Pero, ponerlo en práctica, fue complicado. Tomó tiempo que las cosas volvieran a su cauce, y que la sociedad evolucionara como lo había hecho con los hombres.

Amanda tuvo que refrenarse de contarle a Callum como siete años más tarde una científica encontró el antídoto para la bacteria. No obstante, para entonces, las mujeres no estaban tan seguras de que desearan recobrar a los maridos y padres que las habían tratado como si fueran sus amos, y que ahora, obedecían todas y cada una de sus órdenes sin rechistar. La opinión estaba dividida. La reina Victoria era de las partidarias de despertar a los hombres; pues, como todos sabían, había amado mucho al príncipe Albert y echaba de menos su

compañía. Para decidir de forma oficial, se organizó una gran votación, y el resultado no fue favorable para los esclavos. Los hombres permanecieron esclavizados casi otras dos décadas hasta la llegada de Callum.

—¿De veras crees que fue un castigo divino? —inquirió el muchacho sacándola de su ensimismamiento.

—Lo parece, ¿no crees? —dijo ella secándole el pelo con un paño—. Dios tiene una forma sutil de comunicarse. Sin duda, opina que al siervo le llegó el momento de convertirse en amo.

Callum entornó los ojos.

—Puede que me haya enviado por que es el momento de que no existan ni siervos ni amos.

Amanda contuvo el aliento. No se le había pasado por la cabeza que Callum fuera parte de un mensaje divino, y si lo era, ella era la receptora directa del mensaje. La idea pesó sobre su pecho como un saco de harina. ¿Qué ocurriría si no entendía correctamente el mensaje o si hacía lo contrario de lo que debía? Si aquello era un acto de Dios, entonces sus decisiones serían mucho más importantes de lo que había creído y afectarían al destino de toda la sociedad, no solo al de ellos dos.

El esfuerzo de pensar en algo tan importante hizo que un pinchazo de dolor cruzara sus sienas. Cerró los ojos con fuerza, y recordó lo cansada que estaba.

—Mañana será un nuevo día lleno de novedades para ti —le dijo. Callum se había levantado y se paseaba por su habitación, curioseando entre sus cosas—. Ahora debemos dormir.

—Juguemos a eso de lo que hablaban tus familiares —le recordó, ignorando su orden—. ¿De qué se trata?

Amanda fantaseó sobre su sugerencia. Era lo que se esperaba de la primera noche. Se imaginó caminando hacia él para terminar de quitarle la poca tela que cubrían sus anchos hombros. Su piel debajo se adivinaba cálida y gruesa.

Tragó saliva, concentrándose en que sus manos dejaran de temblar. Ninguna de sus conocidas tenía a un hombre consciente en su primera noche. Ninguna de ellas se hubiera atrevido a ponerle un dedo encima a Callum a riesgo de despertar los instintos salvajes del joven. El miedo la petrificaba solo con pensar en ello.

—¿Amanda?

Se mordió el labio mientras pensaba en un juego para engañar al muchacho.

—Colócate frente a mí —comenzó con tono instructivo—. Así es. Levanta las manos y sacúdelas como hago yo. «Mary Elizabeth salió a pasear —comenzó a canturrear mientras le ensañaba a chocar sus palmas contras las de ella y las suyas propias de forma rítmica. Era algo a lo que había jugado millones de veces cuando era más joven con sus primas y sus amigas, y en alguna ocasión, no hacía mucho, con su hermana Cassandra—. Se encontró con la panadera y esta la saludó. Se encontró con la carnicera y esta le sonrió...». Callum debes imitar mis gestos.

—Lo estoy intentando —exclamó, moviendo las manos deprisa, pero complicándose haciéndose un lío con la coordinación, sobre todo cuando tenía que gesticular para coincidir con la canción.

Amanda empezó de nuevo otras tres veces, esperando a que él lo memorizara; pero Callum lejos de mejorar, empezó a arrugar el entrecejo como si no se estuviera divirtiendo lo más mínimo. No era de extrañar, pues una actividad así no interesaría a nadie que tuviera más de diez años. Pero era lo único que se le había ocurrido.

—¿Es este el juego que suscita tantas risas entre tus primas?

La indignación en la voz del muchacho casi la hizo sonreír, pero se cuidó de no parecer sospechosa. Se limitó a asentir con la expresión más convencida que pudo.

—Tus primas son bobas.

Ocultó una sonrisa, aun cuando le daba pena engañarlo de esa forma. Si tan solo supiera qué distinto era el juego al que se referían todas y cuánto más le hubiera gustado. Apartó esos pensamientos de su mente de inmediato, pues la idea de que a él le gustaría que ella lo besara, le quitó el aliento.

—Hay otras canciones, si quieres que te enseñe...

—Otro día —la interrumpió el joven enfurruñado—, me duele la cabeza.

Amanda rio para sus adentros, por lo endeble de la excusa.

Callum se sentó sobre la cama. El colchón se hundió más de lo que solía hundirse con ella.

—Esa es mi cama. No te sientes ahí —le rogó.

Lejos de obedecerla lo vio esbozar una sonrisa maliciosa mientras se quitaba las botas.

—¿Tienes miedo de que te rompa el nido, insecto? —inquirió, y acto seguido se puso de pie sobre la cama y comenzó a saltar.

Callum era demasiado inocente para entender a qué le tenía miedo ella en lo referente a él y a su cama. Sintiendo a salvo, se acercó a la vera del lecho y, como si le estuviera hablando a Cassandra, lo instó a bajarse.

—Eres una estirada. Seguro que nunca has hecho esto —la acusó desde su posición superior—. Seguro que cuando eras pequeña jugabas a tomar el té.

Recibió un recuerdo fugaz de sí misma, sentada en aquella misma habitación sirviéndole el té a sus peluches y una sonrisa poco disimulada la delató.

—Lo sabía —celebró Callum, apuntándola con un dedo acusador. Acto seguido, se inclinó para agarrarle el brazo.

Amanda reculó, evitándolo, y Callum se bajó de la cama para ir hacia ella. Su corazón se disparó mientras lo esquivaba una vez más en el centro de su habitación. Una risa nerviosa

se apoderó de ella y, entonces, él la alcanzó y tiró de ella hacia la cama.

—¡Para, Callum! —lo instó, pero su risa descontrolada le quitó importancia a su petición. Su corazón seguía bombeando frenético, sobre todo cuando el joven, al ver que se resistía, le rodeó la cintura con un brazo de hierro y la alzó por los aires con pasmosa facilidad. La subió sobre la cama y, sosteniéndola por los hombros, la instó a saltar con él. Amanda se dejó llevar por el momento de locura y las carcajadas que lo acompañaron.

—No soy el único que tiene que recuperar la infancia perdida —le gritó entre saltos.

Cuando se detuvieron, su corazón tardó un poco más en dejar de dar saltos. Se sentía bien, igual que cuando corría por el bosque o jugaba con sus primas. Todas las venas de su cuerpo bullían con emoción.

Casi sin aliento, Callum se dejó caer sobre la cama.

—No puedo creer que no hicieras travesuras de pequeña —le dijo, remangándose la camisa, acalorado tras el ejercicio.

—Por supuesto que he hecho travesuras.

—¿Como por ejemplo?

—Una vez eché al fuego el libro favorito de Isolda.

Callum juntó sus labios en forma de o.

—¿Qué ocurrió?

—Mi madre me castigó con no leer en un mes —le explicó, arrugando los ojos ante el esfuerzo de volver al pasado—. Fue un mes muy aburrido. Supongo que por eso evito hacer travesuras. Bueno, por eso y porque ya tengo 18 años.

—¿Sí? —preguntó Callum, sonriendo—. Yo tengo una semana, y me quedan muchas travesuras por hacer. Todas las que mi imaginación sea capaz de elucubrar.

Amanda se miró las manos. Las mejillas de Callum estaban enrojecidas por el calor y su nuevo corte de pelo lo hacía aún más guapo.

—Tus ojos están inyectados en sangre —exageró él, cambiando de tema—. Creo que no tengo más remedio que dejarte dormir.

Acto seguido, bostezó y se dejó caer sobre su espalda.

—Yo no quiero dormir —protestó de nuevo. Pero se contradijo así mismo, cerrando los ojos y girando el rostro hacia un lado—. Tantas cosas por vivir.

Amanda se levantó de la cama, y se escondió detrás del bonito biombo de madera y espejos que tenía en un extremo de su habitación. Antes de esa noche, solo lo había usado para analizar su reflejo en él y para colgar prendas de vestir. Esa era la primera vez que el bastidor cumpliría su función de ocultar un cuerpo desnudo.

Se quitó el vestido. Era precioso, pero era lo más incómodo que había llevado jamás. No entendía como las mujeres del siglo anterior los habían usado a diario.

Se puso la fina camisola rosa con la que normalmente dormía en verano y por primera vez le pareció indecente.

—Callum, quiero disculparme por lo que has tenido que soportar hoy. Me imagino lo tedioso que debe ser sentarte en silencio durante horas.

Él no contestó.

—Quiero que sepas que no todos los días van a ser así. Hoy eras la novedad así que tenía que dejarlas jugar contigo, pero mañana no habrá tanto abuso. Te lo prometo.

Otra vez sin respuesta.

—¿Callum? —Amanda salió de atrás del biombo, sin poder evitar encoger el pecho y ocultarlo entre sus brazos. El muchacho seguía tumbado en la misma posición en la que lo había dejado, sobre su espalda con las piernas colgando por el flanco de la cama. Ni siquiera se había molestado en levantar la cabeza al escucharla.

—Encontrarás un pijama cómodo en tu dormitorio. Allí nadie te molestará... ¿Callum?

Se acercó a la cama para poder verle la cara, y se lo encontró totalmente inmerso en el en más profundo de los sueños.

Al fin pudo contemplar sus facciones sin que sus inquisitivos ojos la estudiaran de vuelta. Cuanto más lo miraba, más le gustaba su rostro y su pelo. A esas alturas no podía imaginarse con ninguno de los demás jóvenes de la ceremonia. El tendón de su cuello estaba en relieve debido a la postura y la fragancia se desprendía de la piel caliente del joven con una intensidad embriagadora. Ojalá pudiera tocarlo un poco sin arriesgarse.

Se obligó a dejar de mirarlo y encaminarse hacia su escritorio. Tenía otra carta que escribir. Aquella que mandaría a Brighton al día siguiente, en lugar de la carta que él la había visto escribir.

Cuando terminó, regresó a la cama. Se tumbó en el extremo opuesto con el más ridículo de los sentimientos de felicidad en su pecho.

Echándole un último vistazo antes de apagar la vela, se dijo que esperaría una semana para denunciarlo, el tiempo que le había prometido antes de ir a Brighton. Durante ese tiempo, lo dejaría experimentar el mundo a su alrededor.

O quizá fuera ella la que deseaba experimentar un nuevo mundo; y tenía el instrumento perfecto para ello dormido en su cama.



5

Los dedos que le comprimieron los labios eran cálidos, fuertes y un tanto ásperos por la falta de uso de ungüentos suavizantes. Amanda abrió los ojos al sentirlos, pero su vista solo percibió más oscuridad como si no los hubiera abierto.

Intentó erguirse sobre sus codos pero otra mano la sujetó del hombro, impidiéndoselo. Un suave siseo en su oreja la instó a guardar silencio.

—No hagas ruido, es muy temprano.

La voz masculina le devolvió los recuerdos de lo ocurrido el día anterior, indicándole que su vida ya no era tan simple como lo había sido antes de la ceremonia. Sus sueños le habían tendido una tregua, pero ahora la realidad estaba de vuelta junto con sus complicaciones.

—¿Qué ocurre?

—Vístete. Quiero aprovechar que toda la casa duerme.

Amanda pestañeó varias veces acostumbrando su visión a la imperiosa oscuridad y comenzó a vislumbrar el rostro del muchacho. Estaba muy cerca del suyo, de ahí que su cálido aliento le hubiera acariciado la piel al hablar.

—Pero..., ¿adónde quieres ir? ¿Qué hora es?

—Es temprano. Supongo que aún estarán durmiendo. Por eso debes enseñarme la casa ahora.

Callum tenía razón. Nadie se levantaría antes de las nueve de la mañana un domingo; sobre todo después de su fiesta de cumpleaños, en la que al menos seis botellas de vino se vaciaron.

Amanda se giró y hundió el rostro en la almohada. Aún se sentía agotada por los eventos del día anterior. A pesar de haberse retirado pronto, con él dormido en su misma cama, no había logrado conciliar el sueño hasta tarde.

Ahora él pretendía que abandonara el confort de sus sábanas cuando el sol aún no se había alzado.

—¿Qué estás haciendo? —el susurro, esta vez con un tono de impaciencia, le llegó ahogado por la almohada—. Vamos, Amanda levántate.

Sin remilgos, la agarro por la cintura, obligándola a levantarse. Amanda ahogó un grito. Su habitación estaba en la azotea y era poco probable que los oyeran, incluso, a esas horas, cuando toda la casa dormía. Aun así, se aseguró de cortar el sonido en su garganta antes de que naciera.

A principios de siglo, un caballero nunca hubiese tocado a una dama de una forma tan inapropiada, pero al parecer la educación de Callum había sido aún más escueta de lo que había sospechado el día anterior. Las nociones sentimentales y físicas de las relaciones entre mujeres y hombres se omitían por completo de la formación de los siervos.

—¿Sabes?, eso ha sido inapropiado —lo regañó mientras abría las gigantescas puertas de su armario. Estas chirriaron como una anciana quejosa y Callum volvió a sisear para exigirle que no hiciese ruido.

—No te preocupes, no hay más habitaciones en este piso —lo tranquilizó mientras seleccionaba prendas cómodas para trabajar de su armario—. De hecho, nadie jamás sube aquí.

Callum pareció creerle, porque se atrevió a moverse por la habitación para abrir una rendija entre las pesadas cortinas marrones que evocaban el tronco de un árbol.

Afuera había más luz de la que había sospechado. El alba se había instaurado tímidamente y ya no era noche cerrada. Esa era una de las escasas ventajas del verano inglés.

Amanda se alisó los cabellos enmarañados por el roce de la almohada. Ahora que la luz la hacía visible se sintió incómoda y consciente de sí misma. Las mañanas no eran aliadas de su aspecto.

No obstante, a él, el pelo revuelto y los ojos hinchados de adormilamiento, le daban un toque tierno que lo hacían parecer más niño.

Se dirigió al biombo y se ocultó mientras se agachaba para sujetar el dobladillo de la camisola y sacársela por encima de la cabeza.

—¿Qué hay ahí detrás?

La voz de Callum, de pronto, a su lado del bastidor, la hizo dar un salto y bajarse la camisola de nuevo.

—Debería haber intimidad —le espetó ella, y con un ademán le pidió que se alejara.

Lejos de obedecer, Callum cruzó los brazos sobre el pecho para observarla ceñudo.

—¿Por qué? ¿Qué estás haciendo?

Debía reconocer la ironía de la situación. Era su primer día como adulta oficial y en lugar de poseer a un siervo a su servicio, tenía a un testarudo muchacho que le daba órdenes y se negaba a obedecer las suyas.

—Me disponía a cambiarme de ropa.

—Nunca antes nadie se escondió para hacer tal cosa.

Amanda suspiró cansada.

—Eso es porque vivías entre chicos descerebrados. Válgame la redundancia —añadió con malicia.

—¿Qué diferencia hay? ¿Qué escondéis ahí las mujeres?
—la pregunta fue acompañada de una lenta mirada que se deslizó por su cuerpo, prácticamente desnudo, pues la fina camisola de verano no suponía un verdadero obstáculo. Ella enrojeció hasta combinar con el color del biombo—aparte de una alarmante falta de músculo, me refiero.

—Simplemente no es apropiado que me veas desnuda o me toques como lo has hecho antes —explicó ella—. Porque pertenecemos a distintos géneros.

Callum apoyó el antebrazo en el eje del biombo mientras enarcaba una ceja.

—Me parece una estupidez —aseguró, claramente no entendiendo el mundo que se ocultaba tras las peticiones de ella—, pero si eso es lo que quieres.

Se alejó de vuelta hacia la cama, dejándole la poca intimidad que anhelaba.

—Lo mejor será que me prestes libros para que pueda entender cómo funciona el mundo, es decir, todo aquello que las cuidadoras omiten de nuestra educación.

En silencio, Amanda se dijo que prefería arrancarse todos los cabellos rubios de la cabeza antes que permitir que Callum descubriera cómo funcionaban ciertas cosas.

—Por ejemplo, este libro que tienes aquí —continuó el muchacho.

Oyó el inequívoco sonido del cajón de su mesita de noche al cerrarse.

—El monje.

—No —gritó ella, haciéndose visible para apresurarse en recuperar el ejemplar. La idea de que Callum leyera la obra de Lewis cuyo personaje, el monje Ambrosio, degenera hasta forzar y asesinar a Antonia, le puso los pelos de punta.

—No, este no es el más apropiado —continuó, más serena, al ver que él la observaba con ojos como platos—. Más tarde te traeré uno de la biblioteca que te ayudará a comprender nuestro estilo de vida mucho mejor que este.

Volvió a guardar la copia de El Monje en su mesita de noche, deseando que fuera uno de esos cajones con llave.

—Está bien, doña inapropiada —se burló él—. ¿Ya estás lista? ¿Qué hacemos ahora?

—Bajar al primer piso —le informó—. No debes hacer ruido cuando pasemos por el segundo piso. ¿De acuerdo? Quiero enseñarte mi sala de trabajo.

Cruzaron la casa en silencio y de forma sigilosa hasta llegar al taller donde Amanda trabajaba. Era una habitación hecha casi por completo de madera, a excepción del sofá de tela y de los sillones acolchados y revestidos con telas azules. La sala formaba un semicírculo en un extremo, aquel que estaba cubierto de cristaleras permitiendo el paso de una gran cantidad de luz del exterior. Las paredes blancas contrastaban con el azul y la madera de los muebles creando la ilusión de amplitud y serenidad. Aquella sala era uno de sus lugares favoritos en el mundo, y donde pasaba mucho tiempo. Al mostrárselo a Callum, no pudo evitar sentirse un tanto expuesta.

—¿Aquí es dónde fabricas los muebles? —preguntó él, observando las distintas herramientas dispuestas por toda la sala y trozos de madera conglomerados a medio serrar.

—Así es —dijo Amanda y reprimió una sonrisa ante la forma en la que lo había dicho, como si no pudiera creerlo.

Inspiró profundamente. El familiar olor a serrín y a barniz siempre lograba hacerla sentir bien; y aquella ocasión no fue distinta. Él la observó con el entrecejo fruncido. Su mirada se deslizó por los brazos desnudos de la chica.

—¿Es que dudas de mi habilidad? —inquirió, tras carraspear y estirarse para parecer más alta.

Callum se acercó a una pequeña mesita de madera y mármol y acarició primero la fría piedra de la superficie para después deslizar sus dedos por la oscura madera ribeteada de las patas. No contento con ello, apoyó ambas manos sobre la superficie y, utilizando el peso de su enorme cuerpo, sacudió la mesa.

Amanda lo observó con sorna. El muchacho se dispuso a levantar la mesa utilizando solo un brazo, pero estuvo a punto de caer de bruces sobre esta al comprobar lo que pesaba.

Se incorporó con toda la dignidad que pudo, apartándose el cabello de los ojos con un movimiento de cabeza, y se volvió para mirarla.

—Sin duda, esta pieza no la has elaborado tú.

—Deducción incorrecta —le espetó ella con gusto—. La terminé recientemente.

Callum volvió a mirarle los brazos con claro escepticismo y ella comprendió un poco mejor a sus antepasadas.

—¿Cómo has podido crear algo tan perfecto sola? Pesa casi lo mismo que yo.

Debería estar molesta por su falta de fe en ella, pero lo único que resonaba en su mente era la palabra que había utilizado para describir su trabajo. Lo había llamado perfecto. Sus mejillas ardieron exudando la euforia que contenía su pecho.

No era el primero en elogiar su trabajo, de hecho sabía que era buena en lo que hacía, y había logrado vender innumerables artículos a precios desorbitados; pero, por alguna razón, oírlo de sus labios la llenó de éxtasis.

—La inteligencia es más poderosa que la fuerza.

—Debes ser muy inteligente porque estos brazos... —inesperadamente le agarró la muñeca con una mano y con la otra le comprimió el bíceps— ...podrían romperse con un vendaval.

Los fuertes dedos en su muñeca y las cálidas yemas sobre la piel de su brazo mandaron oleadas de cosquillas a su pecho. Él era peor que el viento; él podría romperla aún más fácil.

Callum interpretó su repentina seriedad como desagrado por el hecho de que la estaba tocando de nuevo y la soltó de inmediato. Después se arremangó la blanca camisa un poco más dejando a la vista su propio músculo.

—Observa mi brazo —le pidió, flexionándolo para contraer el músculo—. ¿Ves a lo que me refiero?

Amanda puso los ojos en blanco. Libros e historias le habían enseñado que los hombres eran competitivos y que les gustaba exhibir su fuerza. Comprobar cómo algunos de esos rasgos se cumplían en Callum era fascinante. Ni siquiera había sido criado por hombres, pero repetía los patrones, como si esas sustancias exclusivas masculinas, que describían las científicas, tuvieran el poder de modelar el comportamiento.

En ese momento, más que nunca antes, lo vio como el hombre que era, y todas esas historias horribles sobre su especie la golpearon aterrizándola, poniéndole la piel de gallina. A la vez, lo sintió más exótico, prohibido y peligroso que nunca.

—No tengo intención de competir contigo —dijo, al fin, cruzándose de brazos—. Además, tus preciosos músculos no te han servido para levantar esa mesa.

Se dio cuenta de que había sido un error decir eso último en cuanto vio la expresión desafiante de sus ojos. Callum regresó a la mesa y se dispuso a levantarla. Logró hacerlo soltando un rugido que la hizo mirar hacia la puerta de la sala. Por suerte estaba cerrada y la maciza madera ahogaría el sonido.

Lo reprendió por el descuido, pero él se limitó a sonreír orgulloso de su proeza y Amanda no pudo evitar reírse.

—De acuerdo, ¡estás contratado! Puedes ayudarme a crear mis muebles.

—¿Cómo supiste que hacer muebles era tu vocación?

Se acercó a él para quitarle un serrucho de la mano y acarició la herramienta con cariño. ¿Cómo explicarle lo que sentía cuando estaba rodeada de madera? Cuando modelaba las piezas y poco a poco iba construyendo algo hermoso que había salido de su imaginación.

—De pequeña, siempre analizaba las piezas de los muebles, dónde se unían, cómo estaban ensambladas. También me fascinaba la manera en la que la madera cambia de una pieza a otra, como si tuviera su propia personalidad. Es difícil de

explicar, pero cuando estoy haciendo esto, me siento completa y solo entonces entiendo mi lugar en el mundo.

Callum se dejó caer sobre el alféizar de la ventana que estaba rematado en asientos, con hombros alicaídos. Por alguna razón, todo aquello parecía estarlo confundiendo o, incluso, deprimiendo.

—¿Estás bien?

—¿Cuál es mi vocación? ¿Mi razón de vivir? —inquirió, mirándole a los ojos como si allí pudiera encontrar la respuesta—. Soy un siervo, pero, ¿y si quiero ser otra cosa? ¿Qué ocurre si quiero ser médico? No puedo porque soy un siervo, y ya han determinado por mí que eso es lo que debo hacer el resto de mi vida. Amanda, ¿crees qué eso es justo?

Le apartó la mirada y con un trapo comenzó a limpiar la silla en la que había estado trabajando las últimas semanas.

—Antes de la bacteria, a las mujeres no se les permitía acudir a la Universidad y estaban relegadas a actividades relacionadas con las labores de la casa.

Callum se mordió los labios con desazón.

—Esta vez las cosas serán diferentes —le aseguró después de sopesarlo por un instante—. Esta vez ambos sexos tendrán libertad para hacer lo que quieran.

Amanda dudaba que los hombres fueran a permitir que algo así ocurriera, sobre todo después de descubrir que los habían mantenido en ese estado durante tantos años. Las represalias harían que la situación de la mujer fuera aún peor que la de antaño.

Pero no iba a discutir con él. Tenía que hacerle creer que compartía sus opiniones y que sus planes eran los mismos que los de él: liberar al resto de los hombres.

—Pues enviemos esa carta.

6

El centro de Crawly estaba desierto. Su habitual bullicio serenado por el ritmo languidecido de los domingos al alba. Subieron por High Street con The Old Houses a su derecha. El edificio era de un precioso estilo medieval con paredes blancas enmarcadas por tablas de madera oscura que formaban semi-círculos y triángulos en la fachada. Mientras que la parte baja erigida de ladrillos. El gran tejado de paja se deslizaba a ambos lados del edificio y las ventanas sobresalientes de madera se componían cristalerías separadas en pequeños cuadrados.

Callum se había mostrado encantado con la tranquilidad en un principio. Había creído que podría caminar libremente sin fingir estar infectado, pero cada pocos pasos se cruzaba con madrugadoras. La panadera preparando su local para las clientas, la mirada curiosa de una niña a través de la ventana de su habitación, un carruaje transportando a una acaudalada familia de viajeros. Todas ellas se fijaban en su presencia al no tener mucho más que mirar a esas horas.

Amanda notaba la tensión de Callum a su lado, conteniéndose a sí mismo para no analizar cada detalle del nuevo mundo que se abría ante él. Para recompensarlo, ella le susurraba explicaciones sobre las cosas que creía que habían despertado su curiosidad. A nadie le parecería peculiar que le hablara a su siervo, pues era algo que toda mujer hacía, igual que hablarle a un perro o a un bebé que aún no comprende.

La oficina de correos estaba cerrada, como bien había vaticinado ella. Pero también sabía que Fanny Wishaw les permitía deslizarse cartas por debajo de la pesada puerta, que enviaría

en cuanto regresara a la tienda el lunes. Amanda podría pasarse más tarde para saldar la deuda. Por supuesto, esa carta no era la que había escrito la noche anterior ante la atenta vigilancia de Callum, sino que la había reemplazado por una carta para sus primas segundas que vivían en Brighton. Pero Callum desconocía ese hecho.

Tras empujar la carta por debajo de la puerta, lo miró con una sonrisa forzada y, al verlo observar la tienda a través el cristal, se preguntó si sospechaba de ella. Su corazón dio un pequeño vuelco. Su integridad dependía de que él la creyera en su bando.

—¿Estás segura de que encontrarán la carta y la enviarán? —preguntó con el ceño fruncido—. ¿No sería mejor regresar el lunes para asegurarnos de que se envíe?

—¡Claro! —respondió, y tuvo que detenerse para aclararse la garganta—. El lunes debo regresar para efectuar el pago. Entonces comprobaremos si la han enviado.

Amanda miró a su alrededor incómoda. El joven excitado con la perspectiva de comunicarse con las científicas había olvidado su papel. Por suerte nadie lo había presenciado.

Lo sostuvo por el brazo y apretó los dedos de forma imperceptible para posibles observadores.

—Callum, una sola indiscreción... basta una sola mujer que note que hay algo extraño en ti y estamos perdidos. No vuelvas a olvidarlo.

Él no respondió, pero sabía que la había escuchado, porque su semblante volvió a congelarse en una máscara inexpresiva.

Regresaron por la calle que vinieron. La panadera ya estaba preparada y el olor a pan recién horneado había inundado los alrededores despertando a los vecinos. Amanda sonrió al sentir cómo Callum tiraba discretamente de ella, negándose a dar un paso más que lo alejara de delicioso aroma. Ella también estaba hambrienta, pues habían abandonado la casa antes de que se sirviera el desayuno.

La pequeña y oscura tiendecita estaba abarrotada. Los mostradores de madera y cristal exponían sabrosos dulces y galletas de distintas variedades y tamaños. La iluminación procedía de dos minúsculas ventanas y de las lámparas de aceite que descansaban sobre las repisas de las paredes, junto con botes de harina y azúcar, frutas y espigas que contribuían a la decoración.

—¿Tienes dinero, Callum? —susurró Amanda conteniendo una sonrisa. El chico acababa de detenerla en la parte del mostrador que le interesaba y había clavado sus dedos en el brazo de ella cinco veces, para indicarle que quería el artículo cuya etiqueta marcaba ese número. Había sido un gesto inteligente y Amanda no pudo evitar mirar a las demás mujeres de la tienda acompañadas por sus hombres vacíos y sentirse afortunada.

—No sé cómo pretendes comprar ese dulce, sino cuentas con peniques.

Callum clavó los ojos en ella con una mueca de disgusto que duró apenas un segundo, pero que fue suficiente para darle a entender lo poco divertida que la encontraba. Amanda apretó los labios para ocultar la risa.

En ese momento Callum alargó el brazo que estaba pegado al de Amanda y tiró del sombrero de la mujer que esperaba su turno justo delante de ellos. El ligero sombrero cayó hacia atrás y planeó hasta depositarse en el suelo.

La señora se dio media vuelta, sorprendida, y miró a Callum y a Amanda. Él había adoptado su mejor cara de siervo inerte, dejando a Amanda con toda la responsabilidad ante lo ocurrido.

—¡Pero qué vergüenza, jovencita! —comenzó la señora enrojenciendo de indignación—. A tu edad y gastando bromas groseras. ¿Es que no te han dado educación?

Tenía una de esas voces irritantes y chillonas, y en un abrir y cerrar de ojos toda la tienda los estaba observando.

—Discúlpeme, ha sido un accidente —Amanda rogó totalmente apenada.

Se agachó para recoger el sombrero del suelo y entregárselo a su, cada vez más molesta, dueña.

—Un accidente... ¡Será descarada! ¿Quién es tu madre, pilluela? —continuó, analizando su rostro.

Amanda se mordió los labios, mortificada, sintiendo la presión de todas las miradas sobre ella.

—De verdad que lo siento, no sé qué me ha ocurrido.

Callum, a su lado, comenzó a toser para ocultar la carcajada que ya no podía contener.

—Por lo que más quieras, cuida de tu siervo o es que quieres que se te muera de tuberculosis.

Amanda, mortificada, cogió a Callum por el brazo y lo arrastró hacia la puerta.

—Tu pequeña broma te va a costar ese bollo que tanto ansiabas —le susurró antes de alcanzar el umbral.

—Sí, ama —contestó Callum alto y claro, para que toda la tienda lo oyera y se volvió para agarrar el paraguas de la señora a la que habían agraviado y le empezó a dar ligeros azotes en el culo con este.

Por supuesto, todas las asistentes creyeron que esa era la orden que ella le había susurrado al oído.

La sangre de Amanda se congeló en su cabeza.

—¡Callum, detente! —le ordenó, provocando que el muchacho se detuviera de inmediato como un esclavo fiel, y adoptara una postura servicial, como a la espera de su siguiente instrucción.

Amanda observó las caras que la escudriñaban, la furia y la indignación de la señora del sombrero, los ojos como platos de otras mujeres y las sonrisas medio avergonzadas de algunas jovencitas que no habían podido evitar romper a reír con cada chillido indignado que los azotes habían arrancado.

Amanda le ordenó que le devolviera el objeto robado y lo arrastró fuera de la tienda sin molestarse en disculparse, pues no le hubiera servido de nada.

Lo empujó al callejoncito que rodeaba la panadería y se escondieron entre basura y los desperdicios de la tienda.

—¡Maldito seas! —le gritó, mientras Callum se echaba contra la pared totalmente desternillado de la risa.

—¿Has visto sus caras? —dijo entre carcajadas y lágrimas.

Amanda no quería reírse, pero los aullidos indignados de la mujer al ser azotada con su propio paraguas volvieron a su memoria. Para ocultarlo le golpeó varias veces el brazo.

—Me has dejado en ridículo —le recriminó, intentando recobrar la compostura—. ¿Qué van a pensar de mí?

—¿Que no te gustaba su sombrero?

—¡Callum! —lo regañó y tuvo que apretar los puños para no estrangularlo. Pero no se contuvo de estrellar uno contra su pecho.

—Sería genial que salieran de la tienda y te vieran maltratarme —rio él, encogiéndose contra la pared como si ella lo estuviera vapuleando.

Amanda se apartó inmediatamente del joven.

Preocupada, miró a su alrededor para comprobar que no tenía público.

Recompuesta, se puso de nuevo la chaqueta con toda la dignidad que pudo y regresó al callejón principal sin mirar atrás para comprobar si él la seguía.

Cuando llegaron a la plazoleta principal de Crawley, el mercado de los domingos había comenzado a abarrotarse. El sonido animado de los transeúntes más madrugadores se mezclaba con los graznidos de los gansos. Las vendedoras alzaban sus voces para llamar la atención sobre sus mercaderías y así atraer a la clientela. Amanda ojeó varios jabones de Pears

a su izquierda, pero desistió de comprar uno cuando la tendera le anunció a otra mujer el precio en voz alta y ruda.

—Diez peniques por una pastilla de jabón —se dijo y sacudió la cabeza con una mueca.

Callum se detuvo ante una pequeña piara para observar a una pareja de puercos que gruñían felices e inconscientes del futuro que les aguardaba en aquel mercado. Amanda no pudo evitar compararlos con Callum.

Devoraron dos pedazos de tarta de manzana recién hecha que le arrancó una exclamación de admiración al muchacho y ella lo reprendió por ello, mirando a su alrededor. Aunque los siervos sentían placer como cualquier ser vivo, anunciarlo en alto era una cualidad única de la inteligencia.

—Ves, Jane, mi vaticinio se ha cumplido.

Escuchó la inequívoca voz de Sally Gaskell a su espalda, y giró hacia ella mientras se limpiaba la comisura de la boca de los restos de tarta.

Sally la observó con una sonrisa mientras se acercaba a ella seguida de Jane.

—Le dije a Jane que si habías acudido al mercado te encontraríamos en el puesto de las tartas —celebró animada.

Jane ignoró a sus amigas porque sus ojos se habían clavado en algo mucho más interesante. Se aproximó a Callum con los andares de un felino y dejó que sus ojos se deslizaran por la abertura de su camisa.

Los labios de Callum se abrieron y sus ojos brillaron de nuevo, como el día anterior cuando la conoció. La miraba con la misma apreciación que había mostrado por la tarta.

—¿Ni siquiera le has cambiado de ropa? —comentó Jane, como si le pareciera la prueba de algo que Amanda no alcanzaba a entender. Alzó una mano para apresar uno de los elegantes botones del cuello de la camisa.

—Así que este es el famoso Callum —apreció Sally, situándose justo delante del muchacho—. Amanda, entiendo

perfectamente porque estabas celosa. Jane Wentworth, ¡quí-tale las manos de encima ahora mismo!

A Callum le costó trabajo despegar sus ojos de la exótica Jane para observar a Sally. La muchacha de 21 años era mucho más bajita que la esbelta Jane, incluso, más que Amanda, y un tanto regordeta. Lo había sido desde pequeña y aún más después de dar a luz a su hija Sofie. Le había puesto un nombre francés porque su siervo, el padre de la criatura, lo era. A Sally le había fascinado la cultura gálica desde que, con 16 años, la habían enviado a estudiar a Francia. Celebró su decimotavo cumpleaños en París, donde escogió a su siervo, Phillippe.

Al regresar a Crawley, les había asegurado que los franceses eran los hombres más apuestos de toda Europa, y contaba maravillas de la organización de las francesas.

Juntas salieron del mercado. Amanda se preguntó si Callum estaba sorprendido por su nueva faceta, pues cuando estaba con sus amigas se comportaba de forma un tanto distinta a la chica tímida que le había mostrado a él. Pero el joven guardaba el silencio que le correspondía por lo que no pudo adivinar sus pensamientos.

Jane comenzó a hacerle cosquillas a Amanda, pues sabía que era altamente sensible a estas y, mientras se debatía muerta de la risa, lo vio abandonar su mirada perdida para observarla por primera vez. Pero no supo leer la expresión de sus ojos, ni su significado.

Se sentaron junto a la fuente de una de las plazas de Crawley. El día se estaba tornando caluroso y las pequeñas gotas de agua que se rompían contra la piedra de la fuente aliviaban el ambiente.

—¿Dónde están vuestros siervos? —preguntó Amanda.

—Phillippe pasó frío anoche, así que lo dejé en la cama. Necesita descansar —contestó Sally abanicándose con una mano y balanceando los pies que le colgaban de la fuente.

—Yo también lo dejé descansando —dijo Jane e, inmediatamente, esbozó una sonrisa—. Al pobre le di mucho trabajo anoche, pero parecía feliz.

Amanda enrojeció al escuchar a su amiga.

—Nada que no hicieran ustedes dos. Danos detalles —sugirió con malicia y señalándolos con el dedo índice.

—No hay nada que contar —espetó con rapidez—. Estábamos cansados.

—Por supuesto —se burló Jane con claro escepticismo. Se giró hacia Sally—. ¿Nos creemos esa historia?

—He recibido una carta de Elizabeth Thornton —comenzó Amanda, apresurándose por cambiar la dirección de la conversación. Era consciente de que Callum las estaba escuchando perfectamente. Tarde o temprano se daría cuenta de que le había mentado respecto al juego del que todas hablaban—. Dice que mi hermano se encuentra en perfecta salud y que parece haberse adaptado bien a Londres.

—¿Por qué no iba a hacerlo? No es que tenga un cerebro para opinar sobre si le gusta la vida en el campo o en la gran ciudad —respondió Jane con tono de burla.

De reojo lo vio tensar la mandíbula.

—Que estén afectados por la bacteria no quiere decir que no sientan nada, Jane. Algunos se abaten cuando no les gusta su entorno o cuando no los tratan bien, lo que demuestra que sienten a su manera.

Su amiga enarcó los labios, no muy convencida.

—Personalmente, me encantaría vivir en Londres, Crawley es tan aburrido. Nunca jamás ocurre nada.

Amanda esbozó una leve sonrisa y le echó una mirada furtiva a Callum. Si sus amigas supieran que sí, que sí ocurrían cosas en Crawley de vez en cuando.

—Elizabeth también me dijo en su carta que está muy contenta con Oliver y que planea quedarse en cinta lo antes

posible. Cuando lo haga, estoy invitada a su casa de Londres para conocer a mi sobrina.

—O sobrino —intervino Jane.

—Seguro que será una sobrina —la animó Sally, echándole una mirada envenenada a Jane.

Su amiga estaba siendo más irritante de lo acostumbrado. De vez en cuando le echaba miradas a Callum. Sally y Amanda intercambiaron una sonrisa. Sin duda, Jane estaba celosa de Amanda. Si fuera por ella, una mujer tendría una colección de hombres en lugar de uno solo.

Stephanie Wentworth, la madre de Jane, las divisó y se acercó a ellas.

—¡Buenos días, muchachas! —saludó—. Deduzco que este es tu recién adquirido siervo, ¿verdad, Amanda? ¡Enhorabuena! Ya me había comentado Jane que es un ejemplar excepcional.

—Gracias, señora Wentworth.

—Vamos muchachas, acompáñenme a la iglesia. Tu madre, Amanda, está debatiendo contra Elizabeth Hale, la defensora de la liberación de los hombres.

El corazón de Amanda pareció colapsarse. No supo distinguir entre si había comenzado a galopar con violencia o si se había detenido del todo. Se le había olvidado por completo que el debate era esa mañana.

Las chicas se levantaron para acompañar a la señora Wentworth. Pero Amanda dudó que sus piernas funcionaran, ya que todo su cuerpo parecía estar en trance. Se irguió como pudo y se aproximó a Callum con la intención de empujarlo hacia el bosque.

—No recordaba que mi madre debatía esta mañana —dijo con voz estrangulada—. De todas formas tengo que regresar a casa, tengo trabajo que hacer.

—¿Hoy domingo? —protestó Sally.

Amanda asintió y tiró del brazo de Callum, pero este se negó a moverse. Sabía por qué. Había oído la descripción que la madre de Jane había dado de Elizabeth Hale y quería conocerla. Por supuesto que lo había oído, no estaba sordo.

Las tres fruncieron el entrecejo ante la extraña reacción de Amanda y el hecho de que su siervo pareciera no moverse cuando tiraba de él.

Le clavó las uñas pero el joven siguió sin obedecerla. Por lo que no tuvo más elección que aceptar la invitación, sino quería poner la situación de Callum en evidencia.

La iglesia estaba abarrotada. Dos oponentes se enfrentaban sobre el altar, encarando al resto de la sala. Las asistentes guardaban silencio mientras que Mary Fairfax, la madre de Amanda, leía un extracto.

—«Entre medias de los flancos de las mujeres se encuentra el útero, una viscosidad femenina, cercanamente parecida a un animal; pues se mueve por cuenta propia de un lado a otro, también hacia arriba hasta los cartílagos del tórax...», bueno, continúa con la explicación sobre todas las zonas de nuestro cuerpo por el que se desplaza nuestro útero y acaba diciendo, «en una palabra, este órgano es completamente errático. Se deleita también en maravillosas fragancias y avanza hacia estas; sin embargo, tiene aversión por los olores fétidos y huye de estos; en su totalidad, el útero es como un animal dentro de un animal».

Mary cerró el libro del que acababa de leer el extracto y dirigió su atención al público.

—Este párrafo pertenece a un texto clásico; pero sin ir más lejos, nuestros doctores varones, aquí mismo en Inglaterra, creían hasta el siglo XVII que el útero presionaba órganos y venas importantes conduciendo a las mujeres a estados de histeria y debilidad, y tornándonos en seres impredecibles e inútiles.

—La ignorancia y la precariedad de la medicina de aquella época explica la existencia de teorías tan disparatadas —intervino Elizabeth Hale.

—Lo que explica, querida Elizabeth, es la mentalidad de los hombres —continuó Mary con determinación—. Seres totalmente convencidos de la inferioridad de la mujer, que, además, aprovechan las diferencias de nuestros cuerpos, para relegarnos a un estado animal que no nos permite desempeñar trabajos con los que alcanzar nuestro propio desarrollo intelectual y nuestra independencia. Sus teorías estaban encaminadas a convertirnos en esclavas de nuestra condición y a convencernos de nuestra propia inutilidad para poder mantener la soberanía económica que les permitía controlarnos.

Entre las exclamaciones y vítores de las asistentes, Elizabeth sacudió la cabeza con expresión cansada, y esperó a que el murmullo se redujera antes de responder.

—Usted teme al monstruo equivocado, señora Fairfax, usted teme al órgano masculino. Temer los atributos equivocados, aquellos con los que se nace, es muy peligroso y conduce inevitablemente al odio y a la destrucción. Yo no temo al color de la piel, ni aquello que yace entre las piernas. Temo a la ignorancia y a la falta de educación, y eso siempre puede ser curado. La educación es la cura de todo verdadero monstruo de la sociedad —Elizabeth se esforzó por alzar la voz por encima de la evidente aceptación que había suscitado Mary—. La educación es el arma más poderosa que existe. De hecho, las mujeres de los siglos pasados creían ser inútiles e incapaces de realizar los trabajos que hoy desempeñamos. Si despertamos a nuestros hombres hoy mismo y los educamos en la creencia de nuestra valía, ni siquiera se les ocurrirán ideas como las que acabamos de escuchar.

Amanda apretó los dientes con tanta fuerza que temió partírselos. Pero desear con todas sus fuerzas que la señora Hale dejase de hablar no fue suficiente para que esta callase.

—Mantener a estos seres humanos infectados por una enfermedad que ya tiene cura es una crueldad intolerable e inadmisibles. El miedo no es una excusa para privarlos de su

libertad y no somos quién para decidir que merecen vivir una vida de esclavitud.

—Pero eso fue exactamente lo que nos hicieron ellos a nosotras —protestó su madre, adoptando una pose más agresiva—. Al menos nosotras los mantenemos en un estado en el que no duele estar privado de libertad y velamos por su salud y su bienestar. Sin embargo, antes de la bacteria, la ley permitía que un marido golpeará a su mujer cuando lo desobedecía e, incluso, daba descripciones detalladas sobre la vara que debía usar para golpearla. El jurista Lord Hale estableció que una mujer podía ser violada por su marido pues estaba obligada a servir a este por contrato. ¿Un antepasado suyo, señora Hale? —se burló Mary, ocasionando que la sala estallara en risas.

Amanda no tuvo que preocuparse de cómo sacar a Callum de allí, sino que fue él el que la agarró por la muñeca con la fuerza de un gorila. Ella captó el mensaje y, juntos, se deslizaron por la pared de la iglesia hasta la salida.

O al menos era allí a dónde había creído que se dirigían. Antes de llegar a las enormes puertas de la iglesia, él tiró de ella hacia el interior de una pequeña habitación. Por suerte estaba vacía y nadie parecía haberles prestado atención.

Callum cerró la puerta y cuando se volvió para encararla, un escalofrío le recorrió la espalda. Quizá no era afortunada por no haber sido avistada por nadie sino todo lo contrario. Puede que ese fuera justo el momento en el que se arrepentiría de no haberlo denunciado de inmediato.

—¡Me has mentado en todo! —murmuró él, acercándose lentamente a ella, como una pantera apunto de atacar.

Amanda exhaló asustada y se giró para rodearlo y alcanzar la puerta. Callum se movió como un rayo y, antes de que pudiera tocar el pomo, sintió su fuerte brazo rodeándole la cintura y su otra mano fue directa a taparle los labios para evitar que gritara. La tiró contra el suelo y con una pierna sujeto sus brazos, utilizando el peso de su cuerpo para inmovilizarla.

No recordaba haber estado tan asustada en toda su vida. El dolor que le estaba infligiendo a su cuerpo le demostraba que no iba a tener piedad. Era tan cruel y despiadado como todos esos hombres en las historias que había oído. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? Si la mataba en aquel momento iba a ser solo su culpa.

Callum continuó tapándole la boca y se inclinó sobre ella para poder hablarle sin alzar la voz. Pero el peso sobre sus costillas se hizo insoportable.

—Nunca has tenido intenciones de ayudarme, ¿verdad? —le recriminó con la mirada llena de rencor—. Claro que no, tu propia madre se desvive por destruirnos.

Amanda tosió al sentir los primeros indicios de asfixia. Y Callum pestañeó como si acabara de despertar de un trance. Se retiró, llevándose su peso con él y permitiéndole respirar.

—Lo siento, Amanda —dijo, y parecía genuinamente arrepentido—. Se me olvida lo delicada que eres.

Lo vio arrugar los ojos ante su tos, como si no hubiera sido él el responsable. Le frotó la espalda enérgicamente con una mano como para incentivar su respiración, y Amanda sintió la fuerza de esta contra su tórax. Incluso, era tan fuerte sin proponérselo, que ni ella ni ninguna otra tendría posibilidad alguna en una lucha cuerpo a cuerpo. Ahí estaba la razón por la que habían sido esclavas durante siglos.

—No me mires así, no tenía intenciones de hacerte daño —se defendió con la inocencia de un niño pintada en la cara.

—Pero podrías, si quisieras —musitó con ojos humedecidos—. No podría detenerte si decidieras matarme.

Callum pareció adivinar la dirección de sus pensamientos y que lo que acababa de ocurrir entre ellos, no había hecho más que afianzar su aprobación por el sistema en el que vivían.

—No hagas eso —rogó el joven, sacudiendo la cabeza lentamente—. No pretendas saberlo todo sobre mí y sobre mi carácter basándote en mi sexo. Si te he hecho daño ha sido por

mi desespero. ¿Es que no entiendes mi situación? ¿Es que no somos todos humanos?

Amanda se miró la muñeca. Estaba marcada por las rodillas de él y probablemente se amarataría más tarde. Tenía que denunciarlo. Tenía la impresión de que si no lo hacía su propia vida correría peligro. Pero, cuando lo miró a los ojos, supo que no podría vivir con ese peso sobre su conciencia.

Callum no esperó más, se incorporó y se giró hacia la puerta.

—¿A dónde vas? —le preguntó ella mientras se levantaba con torpeza.

Él se detuvo y se giró para contemplarla. Parecía triste, pero a la vez tenía una expresión de determinación que nunca antes le había visto.

—Voy a presentarme ante Elizabeth Hale.

—No puedes hacer eso —le ordenó ella—. Créeme esta vez. Aunque Elizabeth esté a favor de tu causa no irá contra la ley. Te detendrán y creo que, incluso, te matarían.

Pero él no le hizo caso, sino que agarró el pomo de la puerta decidido a salir de aquella habitación y revelarse ante el mundo.

Amanda no podía permitir que lo hiciera. Sin pensarlo dos veces, tomó un pisapapeles del escritorio que yacía justo detrás de y con todas sus fuerzas lo golpeó en la cabeza.

Callum se detuvo, y cuando ya parecía que nada iba a ocurrir, se desplomó contra el suelo.

Amanda se mordió el labio preocupada con haberlo matado, pero, a pesar de que le había abierto una herida en el cuero cabelludo, seguía respirando.

Volvió a colocar el pisapapeles sobre la mesa y abrió la puerta para pedir ayuda. Simplemente, les diría que se había golpeado solo contra la estantería y a nadie se le ocurriría pensar que había sido ella. Ninguna mujer jamás golpeaba a su siervo por el simple hecho de que nunca antes había sido

necesario. Los siervos de todas ellas eran obedientes y diligentes. Pero el de Amanda la había metido dos veces en problemas en una sola mañana.